

Juan A. De Boni

Antonio De Boni

1893 – 1971

Médico Veterinario

Biografía

Publicado en los volúmenes de las Sesiones de la Sociedad
Uruguaya de Historia de la Medicina. Volumen N° 22, año 2003.

Índice

	Pág.
Agradecimientos	1
Prólogo	2
Capítulo I Introducción	4
Capítulo II Primeras etapas de la vida	6
Capítulo III Estudiante y graduación de Veterinario	8
Capítulo IV Actuación profesional en la Escuela de Veterinaria	15
Capítulo V Casamiento – Formación del hogar	17
Capítulo VI Veterinario del Zoológico Municipal	19
Capítulo VII Actuación en Agronomía	22
Capítulo VIII Actividad profesional privada y Veterinaria “De Boni”	36
Capítulo IX Actividad científica	45
Capítulo X Actuación en la Sociedad de Medicina Veterinaria	49
Capítulo XI Actuación en la Agrupación Universitaria del Uruguay	54

	Pág.
Capítulo XII	
Otras actividades. Su personalidad	56
Capítulo XIII	
Epílogo	62
Apéndice Documental	65
Bibliografía	83
Índice onomástico	85

ANTONIO DE BONI
1893 – 1971
MÉDICO VETERINARIO

B I O G R A F Í A

Agradecimientos

Realizar un estudio biográfico sobre mi padre me lo sugirió mi yerno, el PhD Físico-matemático Ernesto Mordechi Pupko -que, como nosotros- tiene un apego especial por el reconocimiento de las raíces, del pasado: a él mi mejor agradecimiento.

Fueron numerosas las personas que me auxiliaron en la búsqueda de datos biográficos y la documentación necesaria que corroborara hechos muy lejanos en el tiempo, a más de 30 años de su muerte.

Son demasiadas para mencionarlas individualmente y además corro el riesgo de ser injusto y olvidar a alguien. Doy gracias especialmente a mis hermanos veterinarios Drs. Blanca Esther y Carlos Aníbal De Boni Bado, que aportaron datos de importancia como para compaginar este trabajo, y la posibilidad de contar con el archivo de todo el material escrito durante una larga vida laboral, celosamente guardado durante tantos años, por mi padre y continuado ese resguardo por ellos.

Al médico veterinario Prof. Dr. Carlos Gustavo de Souza y a la funcionaria de la Facultad de Veterinaria Adriana Olivera Pérez que me pusieron en contacto con el archivo de la Facultad.

A mi esposa Irma R. Crotti Macchi eficaz colaboradora en la búsqueda y registro de datos del archivo.

Al Dr. Marx Cagnoli Lansot, veterinario que trabajó décadas junto a mi padre y que pese a su muy avanzada edad aportó valiosos datos documentales de las características laborales del biografiado. Al Sr. Juan José Bermúdez que ingresó a trabajar en 1929 a la Veterinaria “De Boni y Cia” y que aún guarda lúcidos recuerdos de aquella lejana época de funcionario administrativo.

Al Ing. Agr. Álvaro F. Pasó Martínez que investigó en la Facultad de Agronomía y de la que extrajo valiosa documentación. A Aída J. E. Suárez y Adelaida Giacometti por su valiosa información de fechas y documentos antiguos.

Me faltan palabras para verbalizar mi profunda gratitud a todos los que presento y los que olvido, y especialmente al colega y amigo Prof. Dr. Fernando Mañé Garzón que tuvo la gentileza -y yo el honor- de prologar este trabajo.

El Autor
Febrero 2003

Prólogo

El verdadero éxito es el fruto del trabajo
perseverante durante muchos años y es
por esto que no todo el mundo lo logra.

Florencio Sánchez.

Al trazar la trayectoria profesional y social del Doctor Antonio De Boni, no podemos decir que rescatamos una muy destacada y poco frecuente personalidad de nuestra cultura, sino actualizar de modo ajustado y en perspectiva una gestión de sólida integridad.

El contenido de esta biografía hecha por su hijo Juan Antonio, el “Coco De Boni” de quien soy compañero de promoción, la de 1946, compañero del Concurso de Practicantes Internos de 1952, compañero en la docencia de nuestra Facultad de Medicina, dilecto amigo y en estos recientes años otra vez compañero en nuestra inquietud y curiosidad en cultivar los tantos aspectos relevantes de nuestra ciencia.

Con su característica meticulosidad analítica, propia de él y de su especialización neurológica, que ha demostrado en trantos trabajos de inteción docente como de investigación, ha colmado en un esfuerzo loable trazar de una manera objetiva, detallada y jerárquica la vida y obra de su padre. Su admiración y respeto, no lo desvían de un acuciado rigor en despojar lo narrado evitando darle atributos innecesarios o falaces.

En la historia de nuestra medicina veterinaria se destacan con vigor y justicia tres figuras científicas y profesionales de primera magnitud: Miguel C. Rubino (1884-1964), Antonio De Boni y Mariano Carballo Pou (1902-1954).

En ella, luego de los años precursores entre 1877 y 1908, se destacan los creadores de la medicina veterinaria académica en la que ocupan lugar preferencial varios eminentes profesores e investigadores extranjeros especialmente contratados para tal fin. Solo nombraremos a tres: Daniel Salmon, el eminente especialista norteamericano fundador de nuestra microbiología animal; Emil Messner, el fisiólogo que trajo la tradición de la biología experimental aplicada a nuestros problemas agropecuarios, y Kurt Wolffhügel, primer parasitólogo en el Uruguay, zoólogo de sólida formación en la escuela alemana, quien desde su cátedra de parasitología y anatomía patológica de la entonces Escuela de Veterinaria formó discípulos y a través de ellos una vigente influencia, de la que somos sin duda herederos.

Sin dejar de tener influencia en su formación otros docentes fue De Boni uno de los más destacados discípulos de Wolffhügel como bien lo destaca esta biografía. Dotado de dones naturales de contracción al trabajo, de una fértil y pródiga inteligencia, llevó a la gestión docente, asistencial y de investigación una segura preparación que le permitió ejercer y triunfar en todos los propósitos que se impuso.

No resumiré el contenido rico y variado de esta obra. Solo haré mención de su labor docente que cundió en forma ejemplar en ambas escuelas (luego Facultades de Veterinaria y Agronomía). Abrazó los aspectos complementarios de la docencia

veterinaria en el ámbito agropecuario. Fue valioso en ambos campos de muy disímiles aplicación pero ambos imprescindibles. Prueba de ello es el reconocimiento que le guardaron y le guardan sus alumnos, y también sus discípulos, que continúan su ejemplo.

No dejó De Boni de guardar interés por cultivar una intención hacia la investigación en lo que se manifestó la influencia de Wolffhügel, interés que vuelca principalmente al dejar constancia en nuestra bibliografía, siempre valiosa, de la causística que le ofreció su práctica clínica, con descripciones de casos anatomo-patológicos, su experiencia global en patología y clínica de los animales domésticos así como en otros temas epidemiológicos. Es de particular interés sus observaciones en el comportamiento de los animales en cautividad en relación del eclipse total de sol de diciembre de 1918.

La medicina veterinaria luego de haber pasado por un período de gravitación, preponderantemente profesional, hoy resurge, como es necesario y natural en un país esencialmente rural, con una fuerza docente y de investigación que tonifica tanto dicha docencia con la preventiva y por tanto la gravitación preventiva, asistencial. Debemos recordar lo que le debe a esa generación de médicos veterinarios, particularmente a De Boni por su decidida vocación estricta, por su relevante preparación, competencia y por su denodada dedicación al trabajo y conciencia en el cumplimiento de un deber que le guió en el curso de su carrera y lo que es más aún en imponerlo con tenacidad y cariño a su familia que siguió en esa línea de su ejemplo.

En el campo de la asistencia pública veterinaria se destaca su desempeño en el Jardín Zoológico Municipal “Villa Dolores”, en el que al punto que cumplía una tarea difícil y compleja supo matizarla con el manejo de situaciones matizadas y no desprovistas de fino humor. Su interesante actuación en el Lazareto Veterinario lo vincula a la zootecnia y a los principales cabañeros que guardan hacia él una consideración especial. Se extendió su entusiasmo a fin de dar amplitud a la veterinaria en promover con disciplina la Sociedad de Medicina Veterinaria y apoyar con su prestigio y dedicación a la Agrupación Universitaria en la que fue uno de los pilares acompañando a su creador Carlos Stajano.

En lo que respecta estrictamente de ejercicio libre de su profesión fue el veterinario paradigmático y carismático de una época difícil pues debía imponerse con sus éxitos la clínica al ámbito de los animales domésticos. La “Veterinaria De Boni” fue un símbolo y recurso hacia ese quehacer que durante muchos años fue sinónimo de responsabilidad y calidad indiscutible, de buena práctica, en sus clásicos locales de Avenida 18 de Julio primero y luego en la calle San José.

At last but not least el perfil personal, familiar y social del padre está tratado en las instancias del *Coco*, en la de su madre y sus hermanos, que comparten este núcleo familiar y cuyo texto parece surgir de cualquiera de ellos, pues en el estar siempre presentes y actuantes conmueven en su contenida ternura y condescendencia hacia las aristas de contraste que matizan toda personalidad en particular aquellas que tenía y guardan como una prioridad diría una obligación el hacer siempre y hacer bien.

FERNANDO MAÑÉ GARZÓN.

Capítulo I

Introducción

A medida que va transcurriendo la vida, la memoria se puebla de recuerdos, algunos idealizados por la nostalgia.

Siempre tuve pasión por la lectura, en contados momentos por la escritura y actualmente -en mi octava década de vida- intento introducirme en el complejo mundo de las artes plásticas.

Algunas de estas ilusiones se vieron realizadas, en mi profesión de médico con trabajos científicos y libros de temas médicos y actualmente con alguna modesta realización plástica.

Paralelamente, un hobby que aún mantengo es la búsqueda de mis raíces, plasmada en un árbol genealógico que lo inicié en 1962 y que aún sigue dando hojas y ramas. Lo inicié cuando nació mi segundo hijo, y aún hoy continúo hurgando en el pasado. Pude llegar hasta antepasados remotos que vivieron a principios del siglo XIX, de mi familia y la de mi esposa. Anhele que alguno de mis descendientes continúen con esta obra.

Pero, confieso que jamás pensé que un día escribiría una biografía y creo que, más difícil aún, fue plantearme que podría ser la de mi padre.

Se lo debo en parte a mi gusto por escudriñar mis antecedentes, mis raíces y a la sugerencia afectuosa de mi yerno Ernesto, que en poco tiempo se concretó. Tengo la convicción que no fue la casualidad; creo que ésta es una causalidad quizás imperceptible ahora y que puede pasar desapercibida momentáneamente.

Es claro que esta decisión me planteó el hecho de que inexorablemente iban a surgir elementos autobiográficos, dada la persona biografiada.

¿Será que deseamos conocer de dónde venimos para conocer quiénes somos y vislumbrar a dónde vamos? Parafraseando a Oriana Fallaci decimos con ella que *“Cada objeto sobreviviente del pasado es sacro. Es precioso porque trae en sí mismo una ilusión de eternidad. Porque representa una victoria sobre el tiempo que consume y deteriora y anula; una derrota de la muerte”*.

Interrogantes vivenciales que en este caso especial tienen como objetivo ejemplificar en el análisis y en el recuerdo a un médico veterinario que se esforzó -gracias a una vocación pasional- a mejorar con su trabajo y docencia, el progreso de un país agropecuario en sus albores, y contribuir a incentivar su riqueza productiva.

Si algo es difícil es asir una vida; aunque no me sea fácil explicar el porqué de esta decisión, porqué me sentí comprometido a realizarla.

Es cierto que no es posible asir una vida completa; sólo serán relatados algunos hechos, un curriculum, actuaciones exitosas y fracasos, o ideas a transformar en realidades que se lograron o no.

Para informarme y documentar esta actuación tuve que recurrir a diversas fuentes de información: mi memoria, que me aportó datos de mi más temprana niñez y

adolescencia, y de la vida de mi padre y familia; a mis cuatro hermanos que colaboraron con su recuerdo a aportar datos y hechos, algunos ya casi olvidados. A personas amigas, contemporáneas de mi padre, de edad muy avanzada pero lúcidas que aún lo recuerdan, a más de 30 años de su muerte, y sobre todo, a un cuidadoso archivo con profusa documentación escrita desde 1914 en adelante y que celosamente la guardaba mi hermano Carlos al frente actualmente de la empresa Veterinaria “De Boni”. Descubrí con cierto asombro la disciplina de documentar todo, lo que facilitó mucho la tarea de conocer sus actividades profesional, docente, científica, comercial, familiar, etc. que la rubricó con una colección de fotografías diversas que se inician a fines del siglo XIX hasta poco antes de su muerte.

Al principio me planteé hacer sólo un currículum, o una recopilación de su actuación con alguna referencia biográfica o una semblanza, pero el hallazgo de tanto material ordenado me incitaron a tratar de realizar una biografía. Creo que no es posible abarcar todos los aspectos de una vida; el alma humana es compleja, sólo parcialmente abordable y además está entretejida con interpretaciones de otras personas con sus propios sentimientos lo que dificulta un estudio objetivo.

Descubrí aspectos muy importantes de su vida y de su actuación por referencias de sus colegas y camaradas desconocida por mí, porque en esa época de su auge profesional yo era un niño. No obstante me he sentido cautivado a relatar hechos autobiográficos referentes a mi relación con él, a conversaciones no muy frecuentes y reticentes, pero bien recordadas sobre la vida familiar, la profesión, el trabajo; de sus deseos no confesados que yo continuara con su carrera y de su alegría de ver que dos de sus hijos continuaban con su profesión y su obra.

En lo recóndito de mi alma hubiere deseado que mis padres conocieran estos relatos. Los sabrán ahora otros hijos, nietos y bisnietos con el emblema que “*la vida es un erial, se cosechará lo que se siembre*”.

Con el objeto de ser más claro al lector he decidido desglosar los aspectos de su vida en distintos capítulos. Me he esforzado por ser objetivo, pero ¿lo logré?... Creo que no, que toda impresión o descripción está impregnada de subjetividad; cuántos de los hechos relatados u omitidos aquí están interpretados según mi modo personal de ver y sentir.

Dado que este trabajo va dirigido a un público diverso traté de simplificar ciertos aspectos estrictamente científicos, universitarios o laborales, y ensayar una descripción de los aspectos anecdóticos y familiares, lejanos en el tiempo pero cercanos en el afecto y el recuerdo.

Capítulo II

Primeras etapas de la vida

Antonio De Boni Roetti nació el 20 de enero de 1893 en el seno de una familia de clase media, de buen pasar económico, que vivían en la calle Policía Vieja, en la ciudad vieja de Montevideo, que aún hoy existe, hacia el norte de las calles Sarandí y Bacacay.

Fue el segundo hijo de cinco hermanos, del matrimonio de Antonio De Boni Vadone y Emilia Roetti Cánepa. Su padre era comerciante, uno de los dueños del Bazar “Broqua y Schölberg” situado a la vuelta de su domicilio, en la calle Sarandí 683 donde hoy se encuentra el “Museo Torres García”.

A principios del siglo XX y a raíz de una enfermedad asmática de uno de los hijos, los médicos amigos de la familia, Drs. Alfonso Lamas y Luis Mondino recomiendan ir a veranear al “Pueblo de Los Pocitos”, muy lejos del Centro, hacia el Este, y obtener así los beneficios climáticos del aire de mar.

Según testimonio verbal de mi padre, luego de largos titubeos mi abuelo y familia deciden probar suerte por aquellos semidesiertos arenales. En una volanta a caballo va toda la familia en un largo viaje de más de diez horas por calles y caminos de tierra difíciles de transitar, hasta las desiertas playas de blanca arena y abundantes tamarises de “Los Pocitos”. Alquilan, al principio, en el verano una vieja casa, “La Casa del reloj” en la calle Apóstoles N° 52, hoy Juan Benito Blanco entre Miguel Barreiro y Manuel Pagola, en cuyo extremo sur había un puente de madera para cruzar el arroyo Pocitos, uno de los que, junto a diversas cañadas, desembocaban en la bahía, que posteriormente sería la actual playa Pocitos.

Según referencias fue tal el beneficio reportado por el clima en la salud de los niños y teniendo en cuenta el bajo costo de los terrenos, en setiembre de 1905 decide mi abuelo a adquirir un predio.

En la escritura, de la que poseo una fotocopia obtenida en Catastro y en el registro de traslaciones del Notariado, dice textualmente: “ *El 20 de setiembre de 1905 Antonio De Boni Vadone adquiere un terreno -con las mejoras correspondientes- por valor de \$2.500, de 922 metros cuadrados, en la esquina noroeste entre las calles Alejandro Chucarro (antes Vesubio) y Miguel Barreiro, (antes del oeste) en la manzana N° 22 del pueblo denominado “Los Pocitos” en este Departamento*”. Note el lector que por las dudas se explicaba que Pocitos estaba dentro del departamento de Montevideo...

Pasan a ser de los primeros pobladores de esa zona, verdaderos fundadores del pueblo como lo atestigua en la dedicatoria de su libro “*Pueblo de los Pocitos*” el escritor Guillermo García Moyano. Al año siguiente, en 1906 mi abuelo edifica en ese predio una casa grande, confortable, de una planta, situada en A. Chucarro 74, que corresponde actualmente a lo que ocupan 2 edificios de apartamentos en A. Chucarro 1235 y 1245.

La casa era una de las típicas construcciones de época, sólida, bien construída, rodeada a los costados y al fondo por jardines con canteros para plantas y flores,

demarcados por cantos rodados de la playa y por trozos de mármol, típicos de la época, rodeados de caminitos algo estrechos, altas palmeras y un enorme molino de viento, con rueda de paletas, para succión de agua salobre, garages para varios autos y un gran gallinero que tenían las casas de todo el vecindario, típicos de aquella época.

En la vereda con plátanos y paraísos el conocido banco de plaza, de tirantes horizontales de madera, ideal para los descansos vespertinos y conversaciones en días soleados. Ese tipo de edificación y modo de vida aldeana se le llamaba la “respetabilidad del barrio”, barrio integrado por empleados, comerciantes, profesionales, tiempos de buena vecindad que favorecía el encuentro de caminantes por las calles, con familiares y amigos, en general de vida tranquila, en donde todos se conocían. Con los años se fue poblando de típicos personajes, vendedores ambulantes de frutas y verduras, de plumeros con el típico burrito que los llevaban a cuestras, diareros, carniceros y panaderos a domicilio, venta callejera de pescado “fresco” y heladeros; manada de patos, gansos y pavos que deambulaban por las calles bajo la égida del vendedor dirigidos con una vara de alambre que terminaba en un gancho.

En 1942 y 43 tuvimos oportunidad de vivir con mi familia en esa casa, antes de ser demolida en 1944 -como tantas otras similares- para dejar paso a lo que hoy es la zona -con su conjunto de edificios de apartamentos- más densamente poblada de Montevideo.

En los primeros años del siglo XX ya se había adquirido la costumbre de pasar el verano de vacaciones los veraneantes (aún no se les denominaba turistas) del Centro de Montevideo y sobre todo los argentinos bonaerenses. Ya existían hoteles apropiados como el “Gran Hotel Balneario de los Argentinos” construido a fines del siglo XIX en A. Chucarro y Gabriel A. Pereira que yo llegué a conocerlo ya como casa de inquilinato. En la época que relatamos veraneaba un veterinario argentino Dr. Juan N. Murthag y familia que se relacionaron con mi padre, en esa época un adolescente. En esas conversaciones le inculcó a mi padre el despertar vocacional por la carrera que él profesaba. Así se fue gestando la idea de estudiar veterinaria y se plasmó una amistad de toda la vida.

Se cumpliría lo que ahora podemos afirmar de nuestra población de origen europeo, y de sus costumbres: *“que los bisabuelos eran inmigrantes, los hijos comerciantes y los nietos profesionales”*. Deseamos fervorosamente que los descendientes no continúen con un ciclo que actualmente es de emigración por las dificultades económicas manifiestas de la época...

Capítulo III

Estudiante y graduación de Veterinario

Luego de terminar los 4 años de enseñanza secundaria inicia sus estudios veterinarios en marzo de 1911 a los 18 años de edad y se recibe de Médico Veterinario a los 21 años, el 31 de diciembre de 1914, en la Escuela de Veterinaria situada ya en el predio actual de la Facultad, en la calle Larrañaga, hoy Alberto Lasplaces.

Fue un estudiante dedicado y brillante como lo atestigua su alta escolaridad y la exoneración del pago de derechos de título.

Desde estudiante se interesó por el problema gremial siendo prosecretario de la primera Comisión de la recién fundada “Asociación de los Estudiantes de Veterinaria” en 1911, cuyos estatutos los hallamos en un prolijo archivo personal.

Creemos de interés trazar ahora un breve resumen de la historia de la Veterinaria en el mundo y en el Uruguay, ya que el inicio de los estudios de mi padre coinciden con el despertar de esa disciplina en el Uruguay.

La Medicina Veterinaria comenzó a desarrollarse en el mundo occidental siguiendo en paralelo con la evolución de la caballería, alcanzando el pináculo de su prestigio en Viena, Austria, en el siglo XVIII. El veterinario adquiere en esa época gran renombre por ser el conocedor de las enfermedades equinas. Recordemos que el caballo es la herramienta biológica principal del hombre de esos tiempos, se le usa para el traslado, para la guerra, para el trabajo. Es el animal que más comparte las relaciones con el ser humano. En el siglo XVIII Francia organiza las tres primeras escuelas de estudios veterinarios que existieron en el mundo.

En el Uruguay los inicios comienzan a fines del siglo XIX con el modelo argentino de la Facultad de Agronomía y Veterinaria de la ciudad de La Plata.

Posteriormente alguno de los descubrimientos en ramas de la ciencia veterinaria realizados en el Uruguay han sido aprovechados por otros países que detectan ganadería como Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica.

En el año 1934 el Sr. Ángel Bianchi Frizera, secretario de la Facultad de Veterinaria, realizó un bosquejo histórico de la Escuela de Veterinaria de Montevideo que se publicó años después en los anales de la Facultad de Veterinaria.

El Profesor Dr. H. R. Heguito, Decano de la Facultad de Veterinaria hizo un relato en 1939, un “memorial de la profesión” con el objeto de que en el futuro quizás alguien se interesara en realizar una historia de la veterinaria en el Uruguay. Ese momento era oportuno porque muchos de los actores de la gesta profesional estaban aún vivos y de ese modo era posible obtener datos que seguramente de otro modo se perderían para siempre.

Expresaba que décadas atrás, a fines del siglo XIX el veterinario era enteramente desconocido en la casi totalidad de la campaña del país. Fuera de la capital se radicaban algunos veterinarios extranjeros ejerciendo funciones relacionadas con la higiene de los alimentos derivados de los animales, tales como la inspección de tambos y mataderos.

En el campo no se les requería y los tratamientos rudimentarios los realizaban los curanderos de animales, los herradores de caballos o algún idóneo.

Con nuestra extensa ganadería pero de escasísima densidad de población humana, hacía poco frecuente el contagio de las epizootias; pocas probabilidades había de contacto repetido y de vida promiscua, con fáciles desplazamientos en grandes extensiones de campo, escasez o ausencia de alambrados y cercas. La posibilidad de habitar siempre suelo nuevo y no contaminado, con cielo límpido que dejaba pasar al esterilizador rayo ultravioleta hicieron poco sensible en esas épocas de fines del siglo XIX y principios del XX, la ausencia del técnico que tutelara la salud del ganado en un país fundamentalmente ganadero. Añadamos el poco valor de los animales en esa época, un poco más que el precio del cuero, las largas distancias que hacía difícil y onerosa la visita veterinaria. Se tiene un panorama paradójico que ponía a los veterinarios en cargos en las ciudades y ninguno en campaña, en un país que vivía exclusivamente de la ganadería.

Únicamente en Montevideo había veterinarios y con los años se fueron creando lentamente plazas para estos profesionales en algunas ciudades y pueblos principales del interior. En esos años, nuestras fértiles campiñas muy escasas de veterinarios para el extenso pastoreo y el elevado número de cabezas de ganado, necesitaban formar profesionales para el cuidado sanitario de nuestros campos.

La primera noticia sobre un veterinario que ejerció en el Uruguay es de don Miguel Muñoz en 1877 junto a José M. Muñoz Romarate, nacido en Sevilla, España, que al parecer era su hijo y que fue publicado en el “Tratado Elemental Completo de Zootecnia aplicada a la Economía Rural y Doméstica” editado en Montevideo.

José M. Muñoz era ex-director de la Escuela de Veterinaria de Sevilla, veterinario y ex-catedrático, veterinario municipal de Sevilla, y en un segundo curso se editó un libro de Muñoz Romarate en 1878.

Se ignora la fecha en que llegaron al Uruguay así como las funciones que desempeñaban en el Municipio de Montevideo. Posiblemente se relacionara con el tema del abasto de carne en la ciudad y se sabe que el municipio fue la primera institución pública que utilizó servicios veterinarios para cuestiones de higiene de carne y leche. Para otros historiadores el primer veterinario registrado en el Uruguay fue Bertrand Duprat, francés, que trabajó en 1870; se ignoran otros datos.

En 1886 apareció el Dr. Teodoro Bisaires, francés, veterinario de la Dirección de Inmigración y Agricultura, y de la Dirección de Abasto y Tablada, ambos del Municipio. Culmina su carrera técnico-administrativa como asesor del Ministerio de Industrias y uno de los profesores fundadores de la Escuela de Veterinaria del Uruguay entre los años 1905 y 1912.

En virtud de la carencia de imprescindibles servicios veterinarios que ya se iban vislumbrando en los gobiernos de la República y de la Universidad se decide la creación de la “Dirección de Ganadería” el 6 de noviembre de 1896, para todo lo referente a la sanidad del ganado, fundamental en un país ganadero. Se dictó otra ley que da organización al Departamento Nacional de Ganadería y Agricultura, primitiva forma estable de Servicios Nacionales para la defensa agropecuaria y ramas afines. El 8 de

julio de 1908 se promulga la ley N° 3306 para la creación de un Instituto dividido en dos secciones: la División de Ganadería por un lado y por otro la División de Agricultura.

Se ve como ya a fines del siglo XIX se fue gestando en un país cuya principal riqueza era la agropecuaria, la necesidad de un órgano rector del gobierno sobre esta actividad que fue, en ese entonces, la Dirección de Ganadería, y paralelamente, la Universidad fue necesitando la formación de técnicos capaces de lograr ese intento, como lo fue primero la Escuela de Veterinaria y posteriormente la Facultad, para formar los profesionales que esa necesidad requería.

Al Dr. H. Palumbo, veterinario italiano, se le designa en 1895 director de Salubridad de Montevideo; al Dr. Pedro Bergés, veterinario uruguayo, hijo de franceses y recibido en Francia se le nombra en 1898 jefe del Servicio Veterinario del matadero de la Barra de Santa Lucía en donde tuvo una extensa y singular actividad veterinaria.

El Dr. Heraclio Rivas, uruguayo, veterinario recibido en Buenos Aires en 1889 trabajó también en esa repartición antedicha.

El Dr. H. Rivas y el Dr. Wenceslao Lares (hijo) y Victoriano Ovalle son los primeros veterinarios uruguayos pero recibidos en Argentina en 1889, 1890 y 1891 porque aún en el Uruguay no existía ninguna Institución que formara técnicos en esa disciplina.

Hubo otros veterinarios extranjeros que contribuyeron al adelanto de la veterinaria nacional como los Drs. R. Baldassini, Diego Blasi y P. Cariñana, T. Ruy López, E. Messner, Kurt Wolffhügel y otros, algunos de los cuales fundaron la Sociedad de Medicina Veterinaria del Uruguay en 1907. El Dr. J. Morell cumplió en 1938 sus bodas de oro profesionales en Montevideo; se recibió en Zaragoza, España, en 1888 y trabajó en el Uruguay.

Entretanto las exigencias de la ganadería iban creciendo porque el refinamiento de las haciendas, la división de los campos y el desarrollo del cercamiento con alambrados, así como la mayor densidad de la población animal hicieron más frecuentes las epizootias, más valiosas las pérdidas y más inminente el peligro de importación de enfermedades en los reproductores de raza que se traían de Europa.

Se crearon cargos de veterinarios departamentales para vigilar la sanidad ganadera de la campaña y el abasto de carne de las poblaciones rurales, y se reforzaron los Servicios de Puertos y la vigilancia por el Instituto Experimental de Higiene.

Las crecientes necesidades en materia sanitaria de nuestra industria madre y la inspección de productos alimenticios de centros poblados y de Montevideo, convencieron a nuestros hombres de gobierno de aumentar el número de veterinarios y formar profesionales uruguayos.

La Universidad de La Plata, en Argentina, fue el centro de estudios de la alborada profesional veterinaria. Llegaron de esa Facultad muchos veterinarios uruguayos, argentinos y sudamericanos con su título argentino en esa invasión civilizadora, junto a otros titulares europeos, españoles, belgas, franceses que integraron un grupo de veterinarios anteriores a la fundación de la Escuela. Se crearon por la Presidencia de la República becas otorgadas por el Uruguay para estudiar en La Plata:

los 3 primeros uruguayos que se graduaron en La Plata en 1906 fueron R. Muñoz Ximénez, E. Bauzá y A. Negrotto, y vinieron a ejercer en el Uruguay.

En 1907, presionado el gobierno de la República por las severas exigencias del gobierno cubano, gran comprador de tasajo, y del gobierno europeo que comenzaba a adquirir carnes congeladas, crea la Inspección Veterinaria de Saladeros, transformada después en Sección Industria Animal de la Dirección de Ganadería, bajo la dirección del Dr. E. Bauzá.

Entretanto, el gobierno uruguayo consideró insuficiente la ola docente de veterinarios venidos del extranjero y decide en 1903 la creación de una casa de estudios veterinarios en el Uruguay.

Los gestores gubernamentales de esta conquista fueron los Drs. Claudio Williman en ese momento Rector de la Universidad, luego el Dr. Alfredo Navarro, médico cirujano y por último Eduardo Acevedo también Rector un tiempo después. Se propuso al Consejo de la Universidad la creación de una Escuela de Veterinaria anexada a la Facultad de Medicina y se exhortó a los estudiantes que ingresaban a orientarse a la profesión veterinaria como medio de servir mejor a la patria.

El 28 de noviembre de 1903 el Poder Ejecutivo decretó la fundación de la Escuela de Veterinaria, pero es recién en 1905 que comenzó a funcionar en el local del Servicio Seroterápico del Instituto de Higiene, en la calle 8 de Octubre frente al Parque Central.

Los motivos de la demora se atribuyeron a la revolución de 1904 y los conflictos armados que eran su consecuencia.

En ese Instituto el Dr. T. Bisaires inició los cursos de Anatomía y disección; el Dr. Puppo químico y subdirector del Instituto de Higiene dictó las primeras clases de Bacteriología, y poco después el Dr. A. Inchaurregui comienza el curso de fisiología en las aulas de la Facultad de Medicina. Como el local era inadecuado, la Escuela se traslada a la quinta de Pereira en el cruce de Boulevard Artigas y Av. Rivera, en donde funcionó por poco tiempo.

Se completa el profesorado con: el Dr. Diego Blasi que ocupó la cátedra de Patología General, Anatomía Patológica y Parasitología; el Dr. Larrauri tomó a su cargo dos cursos de Zootecnia y el Dr. Baldazzini enseñó Terapéutica y Farmacología.

Los primeros graduados de veterinarios en el Uruguay fueron los Drs. Edmundo Bacigalupi, Eugenio Bañales, José Beretervide, Manuel M. Mattos, Miguel C. Rubino, Nicolás Sciandro y Aldo Leva Martínez; tres de ellos fueron posteriormente distinguidos profesores de la Escuela.

Desde 1907 a 1911 el Poder Ejecutivo contrató los servicios del Dr. Daniel Elmer Salmon, estadounidense, sabio veterinario. En Estados Unidos fue fundador del "Bureau de la industria animal". En su honor y tomándolo de su apellido la ciencia ha denominado Salmonellas a bacterias que generan patología del tubo digestivo de hombres y animales. Desterró de su país la pleuropneumonía contagiosa del ganado, dirigió campañas exitosas contra la fiebre aftosa, redujo la sarna en los lanares, y tuvo renombre universal por sus investigaciones y descubrimientos del agente de la fiebre de Texas, estableciendo las bases de su profilaxis. Con un primer director de esta categoría

la profesión veterinaria ascendió rápidamente en el ambiente universitario; llevó a 4 años de estudio y 6 semestres los cursos veterinarios, amplió los programas y propuso denominar a la Escuela, Facultad de Veterinaria, distinción que sería puesta en práctica muchos años después, en 1933. La diferencia conceptual es que una Escuela sólo es para el ejercicio docente, en cambio una Facultad debe cumplir con esa labor docente y además de investigación y de extensión universitaria.

La Universidad, por intermedio de sus Facultades, tiene como objeto la investigación universal de la verdad. El amor a la verdad en una actitud comprometida. Búsqueda de la verdad con humildad científica de hombre culto.

Una Escuela es un organismo técnico que da verdades consolidadas, terminadas, concluídas; es más pequeña en su ambición. La Universidad forma hombres, en el más alto sentido del ser humano, con el derrotero claro de ampliar un conocimiento formativo y tratar de lograr una **sabiduría global**: un espíritu solidario, la búsqueda del conocimiento y la búsqueda de la verdad, que es el trípode sobre el que se asienta la labor universitaria.

La Escuela de Veterinaria dependió del consejo Central Universitario y se nombró a los interventores Drs. F. Escalada y Duvimioso Terra sucesivamente.

Por ley de diciembre de 1908 se reorganiza la Universidad, la Escuela de Veterinaria pasa a depender del Ministerio de Industrias, y se regiría por el Consejo del Patronato y Administración integrado en su mayoría por hacendados y algún veterinario nombrados por el Poder Ejecutivo y del que era miembro nato el director de la Escuela, el Dr. Salmon; se nombran profesores a los Drs. José Polero, H. Heguito ambos egresados de la Facultad de La Plata, y al Dr. Guido Rosa veterinario italiano.

El Dr. Salmon se retira en 1911 no siendo su actuación la esperada quizás por falta de autoridad, pese a sus reconocidos conocimientos científicos y a su hombría de bien por todos reconocida.

El Dr. Alfredo Navarro ocupa la dirección transitoriamente, abocándose a adquirir un predio que lo logra en 1909 con la quinta de los Taranco, de 9 hectáreas de extensión, próxima al Buceo.

En 1910 se construyen 4 pabellones: Laboratorio y clases, Hospital, Oficinas y Anatomía. Dicho predio es el que ocupa actualmente la Facultad de Veterinaria en la Calle Alberto Lasplaces. El local se inaugura en 1911, resolviéndose que los estudiantes puedan iniciar los cursos luego de los 4 años de secundaria y sin examen de ingreso. En este mismo año mi padre inicia en marzo su carrera universitaria ya en el nuevo local. La Escuela nace en forma modesta, se desarrolló poco a poco conforme lo exigían las necesidades de la ganadería y de la salubridad animal en relación a las enfermedades comunes al hombre y al animal.

Con este resumen de la historia de la Veterinaria en el Uruguay queda planteada la posibilidad que algún historiador complete este interesante estudio, reunido por el Prof. Dr. Heguito.

De la época de estudiante del Dr. A. De Boni obtuvimos en la Facultad su legajo numerado 556 minuciosamente encarpetaado en el archivo y guardado desde 1911 y de

donde extrajimos los datos que relataremos. Se puede leer en unas ochenta hojas, cartas con contestaciones incluidas, manuscritas o mecanografiadas.

El primer documento de estudiante data de marzo de 1914 en donde el Consejo de Facultad lo designa practicante de Clínica de la “Escuela y Hospital de Veterinaria”, en un cargo rentado que dependía del Ministerio de Industria.

Destacamos por lo curioso y poco común las cartas manuscritas que enviaba al Consejo de la Escuela; en una de ellas solicita: *“se le entreguen 22 frascos de vidrio para poder dictar sus clases y a la vuelta la correspondiente contestación afirmativa del Consejo, otorgando la solicitud...”*

Tal era la minuciosidad en el ejercicio de sus funciones docentes y su obsesión en documentar, que luego sería un leiv-motiv en su vida profesional y laboral. También observamos muchas notas con la documentación de sus ocasionales inasistencias a clase por un día o por pocas horas..., por distintos motivos explicitados, la posibilidad de su reposición en la oportunidad, en tal fecha y hora y también la contestación puntual del Consejo.

Recalcamos el interés y seriedad en la disciplina del ejercicio docente, el sentido de responsabilidad de la enseñanza. Anotaba en cada clase la lista de alumnos, las asistencias y las ausencias y el visto bueno del Consejo.

Se recibe de veterinario con el último examen que rindió el 31 de diciembre de 1914, a los 21 años de edad.

Al poco tiempo, en un matutino se publica un artículo con su fotografía con el título “Los estudiantes excepcionales; el Dr. Antonio De Boni, su brillante actuación en las aulas”. La nota data de junio de 1915 y es del Consejo Administrativo de la Escuela de Veterinaria que la envía al Ministro de Industrias Dr. Juan José de Amézaga, solicitando *“se le conceda al Dr. A. De Boni el título de médico veterinario. Y de acuerdo con lo que informa la Dirección sobre la actuación brillante del solicitante, el Consejo resuelve conceder al Sr. Antonio De Boni la exoneración del pago de los derechos del título que le otorga el Poder Ejecutivo, el día 12 de marzo de 1917”*. Como vemos la lentitud administrativa es endémica en la administración pública uruguaya, demorándose dos años y medio en la entrega definitiva del título.

Para ubicarnos socialmente en la época en que se recibe mi padre recordemos que se iniciaba la primera guerra mundial, y en la vida cotidiana del “Pueblo de Pocitos”, él y su familia vivían desde 1906 en la casa de la calle Alejandro Chucarro 74, esquina Miguel Barreiro que ya describimos. Si bien ya se habían inaugurado los tranvías eléctricos en ese preciso año, en 1913 habían -concomitantemente- carruajes de alquiler (un taxi de hoy), una vieja coupé de 2 caballos en la calle Libertad y Gabriel Pereira, del lado norte de la actual Comisaría 10ª. En la calle Miguel Barreiro y José Benito Blanco el Sr. Antonio Pena tenía como carros de alquiler para traslado o paseo un break y una coupé con caballos y ruedas con cubierta de goma.

En 1914 era la época del cine mudo; Pocitos tenía entre otros al Cine Latino en la calle Gabriel Pereira y Rivera donde hoy está el Liceo Alemán. Como recuerdan los lectores de más edad se acostumbraba a que un pianista ejecutara su música mientras se pasaba la película muda. En este caso era un matrimonio alemán amigos de mi padre, a

quienes conocí en la década del 30 ya jubilados por la edad y por la derrota definitiva del cine mudo por el cine sonoro.

En 1904 y aún más adelante según nos relata García Moyano, para ir al Centro desde Pocitos se tomaba el tren a caballos en Pereira y Chucarro, se remontaba por Pereira al norte al trote rendidor de 3 caballos criollos por tren, uno adelante de cadenero y dos atrás de éste. A la altura de las calles Pereira y Libertad donde se iniciaba un repecho importante se recibía el refuerzo de un cuarto caballo del modo siguiente: sin que disminuyera la marcha del coche el caballo de refuerzo seguía al mismo ritmo de marcha que los otros; al mismo tiempo ascendía un baquiano a la plataforma delantera del tren sujetándose con una mano y con la otra ensartaba el tiro -sin fallar nunca- un pesado gancho de hierro en la argolla que emergía del chasis del vagón. Sin que se sintiera el tirón quedaba incorporado el cuarto caballo dándole un impulso hasta el final de la calle Pereira en la “Estación Pocitos” donde se desenganchaba sin problemas. Luego continuaba por Rivera hasta el Centro. Mi bisabuelo materno fue jefe de esa Estación Pocitos a principios del siglo XX, se llamaba Luis Polero Yacuza, era italiano, genovés, maestro y poeta en la lejana Italia.

Los primeros automóviles también comenzaban a verse más. En 1912 estaban los taxis Benz, circulaban algunas voiturettes descapotadas y Don Alejo Rosell y Rius paseaba en su “De Dión Bouton” dentro y fuera de su jardín “Villa Dolores”. Algunas familias pudientes tenían autos con chauffer. El “Pueblo de los Pocitos” fue entrando en el automovilismo y mi padre adquirió su primer automóvil.

A principios del siglo XX se inaugura la luz eléctrica y ya existía el teléfono; en 1914 se inaugura el tranvía eléctrico.

Este tipo de vida era el que se veía en las calles de Pocitos en la fecha en que mi padre se recibe de médico veterinario.

Capítulo IV

Actuación profesional en la Escuela de Veterinaria

Del legajo 556 ya citado y de su curriculum personal destacamos de su actuación los cargos obtenidos y ejercidos luego de la obtención del título de médico veterinario.

El 2 de marzo de 1915 es nombrado por el Consejo de la Escuela de Veterinaria “Veterinario Ayudante” del laboratorio del “Instituto de Anatomía Patológica y Parasitología” que en esa época funcionaban juntos. Fue también Jefe de Trabajos Prácticos de Anatomía Patológica. La sección Parasitología la dirigía desde 1911 el veterinario alemán Prof. Kurt Wolffhügel, eminente científico y primer parasitólogo en el Uruguay según relata en un excelente libro documental que sobre este científico realizó el Prof. Dr. F. Mañé Garzón.

Mi padre lo respetaba tanto y admiraba que llegó a aprender el idioma alemán, a leerlo con corrección y a hablarlo, pero con cierta dificultad. Wolffhügel era un auténtico estudioso, un científico de fuste. Mi padre me contaba entre otras anécdotas de su vida profesional, que dicho profesor realizó el primer diagnóstico biópsico de triquinosis en el Uruguay. Se trataba de un paciente del Dr. Tabaré Regules que había ingerido jamón de un comercio de plaza. Al poco tiempo se quejó de mialgias generalizadas e intensas, fiebre prolongada, disturbios digestivos, edema de párpados y eosinofilia. Con el diagnóstico presuntivo de triquinosis se le hizo una biopsia del deltoides que mostró al microscopio las típicas larvas del parásito *trichinella Spiralis*. Este caso fue el primer diagnóstico de triquinosis humana en el Uruguay, hallazgo que se hizo en 1921 y que aparece citado en el libro de Mañé Garzón.

En 1917 el Dr. A. De Boni fue designado además Profesor de Veterinaria en el Instituto Nacional de Agronomía que posteriormente en 1925 se transformaría en Facultad de Agronomía.

Continuó en la Escuela de Veterinaria como Jefe de Trabajos Prácticos del Instituto de Anatomía Patológica y Parasitología desde setiembre de 1918 a julio de 1919, y posteriormente es designado profesor y Director del Instituto de Anatomía Patológica, renunciando a dicho cargo poco tiempo después.

Cuando yo cursaba mis estudios en la Facultad de Medicina mi padre me comentaba lo que se aprendía en veterinaria en comparación con medicina, por el hecho de tener oportunidad de hacer el diagnóstico autópsico. Incluso lo habitual era sacrificar al animal enfermo para conocer su patología y el diagnóstico nosológico, hecho que lógicamente no era practicable en medicina humana. Lamentablemente la práctica de autopsias fue disminuyendo en la Facultad de Medicina por lo que aumenta el vacío en el diagnóstico patológico, quizás asociado al avance tecnológico paraclínico y al estudio biópsico que permite llegar con facilidad al diagnóstico semiológico y nosológico en vida.

No obstante algunas renunciaciones en cargos de su profesorado en veterinaria, en setiembre de 1929 es nombrado Profesor de Patología General y Propedeútica hasta

1932. Posteriormente lo nombran Profesor de Patología Quirúrgica y Podología que ejerce hasta junio de 1932 en que renuncia definitivamente a todos los cargos de la Escuela de Veterinaria por “*dificultades personales de tiempo y trabajo para desempeñar los cargos docentes a mi entera satisfacción*”.

Por esos años, en 1929 también ejercía la dirección del Servicio Veterinario del Zoológico Municipal, tema que desarrollaremos en el capítulo VI.

Durante su actuación en Veterinaria fue miembro docente activo en todos los cursos que dictaba, miembro de las mesas examinadoras y miembro y presidente de distintos tribunales de concursos.

Dirigió la Primera Exposición Industrial en Montevideo en 1919 y presentó trabajos científicos realizados en la Escuela.

Fue redactor y director de la “*Revista de Medicina Veterinaria*” que fuera fundada en 1909.

En el primer Congreso Médico Nacional presentó trabajos del Instituto de Anatomía Patológica.

Abandona su cargo en la Escuela de Veterinaria pero continúa con su labor docente en Agronomía y asistencial en el Zoológico. Según un colega “*en esa época la profesión veterinaria estaba en sus albores y puede decirse sin lugar a dudas que el Dr. A. De Boni fue un propulsor de la profesión, otorgándole el carácter científico y la relevancia que necesitaba con el avance de la técnica y el conocimiento que ya se vislumbraba de avasallante*”.

Los que lo conocieron en sus múltiples actividades, sus colegas, compañeros, funcionarios, familiares, manifiestan que vivía para el trabajo. Se le recuerda como un obsesivo del trabajo, gran organizador de su tiempo y de sus múltiples actividades. No se concedió un solo día de descanso o vacaciones en toda su vida.

Paralelamente se vanagloriaba de esa cualidad y tenía un llamativo y especial menosprecio por la persona que solía matizar su labor profesional con actividad cultural, descanso o interés por otros problemas de la vida cotidiana.

Capítulo V

Casamiento. Formación del hogar

Mi padre, Antonio De Boni Roetti se casa con mi madre Blanca Carmen Bado Polero el 6 de diciembre de 1921, luego de 8 años de noviazgo como era la costumbre de aquella época.

Se conocieron en 1913 en la pasarela de madera del Hotel Pocitos que se adentraba unos cien metros en el mar y que el famoso temporal del 10 de julio de 1923 la destruyó. Este hotel muy conocido en su momento, estaba edificado en la playa y Rambla de Pocitos desde los primeros años del siglo XX; construido entre José Martí y Avenida Brasil, fue demolido en 1935. Fue sitio obligado de paseo de las y los jóvenes de esa época, de Pocitos, del Centro y veraneantes de Buenos Aires.

Mi madre era hija de Juan Bado Ghisso y Carolina Clara L. Polero Brusco, un modesto comerciante y una ama de casa. Era 2 años menor que mi padre y fue hasta sexto año escolar a un colegio religioso como era habitual para una mujer de esa época de “disciplinamiento” según José Pedro Barrán. Se preparaban para ser amas de casa y para realizar lo que hacían la mayoría de las mujeres de clase media a comienzos del siglo XX, según nos relata graciosamente Lereña Acevedo en su libro “*Novecientos*”: atender el hogar y al marido, tener y criar varios hijos. Tuvieron cinco, la mayor Emilia Carolina, ama de casa; luego Elena Sofía, maestra; el tercero Juan Antonio, médico; la cuarta Blanca Esther y el último Carlos Aníbal, ambos veterinarios que trabajaron siempre en la empresa con su padre. Mi hermano aún trabaja en ella, la dirige y quedó al frente de la misma junto a su hija Andrea De Boni Van Cleef, médica veterinaria especialista en pequeños animales, en medicina y cirugía.

Para el amplio campo de actividades que desempeñó mi padre y el poco tiempo que disponía para su hogar, seguramente su esposa, mi madre, jugó un muy importante papel para mantener en forma cálida y organizada la retaguardia, que significaba una familia numerosa, las labores del hogar y el cuidado de cinco hijos.

Vivieron juntos 49 años de casados; mi padre falleció a los 78 años de edad, el 27 de abril de 1971, 8 meses antes de cumplir sus bodas de oro matrimoniales.

De la época de mi niñez y temprana adolescencia guardo recuerdos gratos y de los otros. Vivimos siempre en Pocitos, muy próximos a donde nací en Alejandro Chucarro 79, hoy 1234, ocupado por un edificio de apartamentos en la esquina con Miguel Barreiro, en la casa donde establecieron su primer hogar. Era una época en que Pocitos era un barrio tranquilo, con pocas casas y habitantes, una aldea grande. Habitamos varias casas grandes, espaciosas, antiguas, con comodidades algo precarias, siempre muy cerca de la playa. Casas de una planta, sin calefacción, con puerta de calle inmensa de fuerte madera y de dos hojas, zaguán, puerta cancel, patio de claraboya corrediza y un “fondo” que ahora se denomina jardín, con numerosos árboles frutales y de ornato y el típico y característico gallinero. Hermanos, primos hermanos y cuñados de

mi padre vivían muy cerca, en casas similares, que lógicamente con el correr del tiempo fueron mejorando en comodidades.

Los niños jugábamos en la vereda y en la calle a la pelota porque eran muy pocos los autos que deambulaban; gran rueda de niños amigos, juegos típicos de la época, en general entre varones. Las mujeres jugaban dentro de sus casas, a las muñecas y juegos similares.

Existen valores comunes en el ser humano que se mantienen inmutables, como hay necesidades básicas que no han cambiado a lo largo de los años. Por eso, independientemente de las modas y del tiempo, el hombre necesita identificarse con un lugar, con un grupo humano, con un pasado y un destino. El lugar geográfico de mi familia fue Pocitos desde un siglo atrás.

Se iniciaba la costumbre de poseer una casa en un balneario cerca que proliferaban en la costa de Canelones y Maldonado. Pero mi padre sistemáticamente se negaba a adquirir una casa para veranear, dado su rígido sistema de vida laboral. Sin embargo mis tíos nos llevaban a pasar días a sus casas junto a la playa, que me traen gratos recuerdos de esa época de la vida, tan importante, que moldea y forja el carácter para el resto de la existencia.

Hoy estos recuerdos los vuelvo a revivir con mis hijos y los hijos de mis hijos, mis nietos, que son un placer prolongar de la vida y un cíclico volver a los ya lejanos tiempos de la niñez.

Capítulo VI

Veterinario del Jardín Zoológico Municipal

De antiguos documentos obtuvimos la información del primer veterinario del Municipio de Montevideo, antes de existir el Zoológico Municipal. Se trataba del veterinario español Francisco Muñoz Dana que trabajó en distintas tareas dentro de la Comuna desde 1874 a 1879; se ignoran otros datos.

El Jardín Zoológico Municipal se originó por la donación que los esposos Alejo Rosell y Rius y Doña Dolores Pereira Rosell hicieron al Municipio, de su quinta en la calle Rivera, en 1912. Eran propietarios del predio en donde actualmente funciona el Zoológico y dueños de un considerable número de especies animales traídas del interior del país y sobre todo del extranjero, que estaban alojados en el predio antedicho, distribuido en forma algo similar a la del actual Zoo. El pasaje efectivo se hizo en 1919.

Mi padre ya era uno de los veterinarios conocidos por Don Alejo Rosell y Rius. Le atendía a sus animales y de esa época se recuerda entre otros episodios el siguiente: ante una enfermedad de un valioso oso, que se agravaba paulatinamente mi padre le diagnostica parasitosis intestinal. Se le dio una dosis adecuada de un parasiticida y el animal expulsó con sus heces decenas de quilogramos de parásitos áscaris, curándose rápidamente el oso con la agradable sorpresa de sus dueños. Se recuerdan numerosas consultas en ese período previo a su entrada oficial al Zoo.

El pasaje efectivo a primer veterinario del Zoológico Municipal se hizo el 23 de mayo de 1919, por decreto de la Intendencia Municipal. Al poco tiempo mi padre funda el Servicio Veterinario del Zoológico Municipal que siguió funcionando hasta hoy.

En ese momento el Dr. A. De Boni acumulaba tres cargos públicos: el del Zoo, el de Profesor de la Escuela de Veterinaria y del Instituto Nacional de Agronomía; consta en los legajos correspondientes la aceptación de los mismos por el Poder Ejecutivo.

Creó en el Servicio Veterinario un archivo con fichero de los animales del jardín existentes en los distintos compartimientos, con registro especial de número de animales existentes, especie, raza, fecha de nacimiento, enfermedades padecidas en cautividad, eventual muerte y descripción de la autopsia. Recordemos que en esa época era Profesor de Anatomía Patológica en Veterinaria, razón por la cual, nos contaba, extrajo una experiencia única en patología comparada así como el tipo de afección de los animales en cautiverio, que luego lo plasmaría en un estudio científico como veremos en el capítulo IX. Había instalado una sala de autopsias con mesa y material apropiado, del cual tengo un claro recuerdo, porque siendo un niño de corta edad veía a los animales muertos prontos para su estudio autópsico, la realización de la misma, ya que mi padre me llevaba al Zoo a ver su trabajo y concomitantemente a jugar.

El edificio del Servicio Veterinario aún existe, a pocos metros después de la entrada principal¹. Actualmente presta otra función de “oficina y dirección” y está rodeado de los clásicos espejos curvos que modifican graciosamente la silueta del

¹ En el borde superior luce “Villa Dolores” tallado en el mismo edificio, reliquia de otra época

observador con la curiosidad y alegría de siempre, de todos los niños de todas las épocas. Tal vez, como dijera el poeta Juan Gelman *“la infancia sea la verdadera patria de cada quien, esa patria entrañable y con minúscula”*.

Recuerdo muy bien a mi padre, corpulento y algo obeso, con su túnica color crudo y una gorra de paño con viscera, en invierno, haciendo las autopsias de aves y pequeños mamíferos y a veces realizando el diagnóstico que comentaba con los funcionarios con los cuales mantenía un excelente trato y ellos le respondían de igual forma, a veces entablando una amistad perdurable.

Otras autopsias de grandes animales se realizaban “in situ”, como la de los leones, tigres, osos, jirafas. Recuerdo la de un elefante que se hizo con grandes hachas de leñador, sierras enormes y largas, machetes y cuchillos. Aún guardo un molar de ese elefante que se lo muestro -con cierto orgullo infantil- a mis nietos, es decir sus biznietos que no llegó a conocer.

Creó además un pequeño museo con los animales que hacía embalsamar y que años después fueron trasladados al Museo Zoológico Dámaso A. Larrañaga situado en la Rambla Costanera frente al Cementerio del Buceo, piezas que fueron base para lo que hoy se expone al público en dicho establecimiento.

De nuestras visitas y paseos de niños con mis hermanos, primos y amigos del barrio al Zoológico o “Villa Dolores” como se le llamaba y aún perdura ese nombre en honor a Doña Dolores Pereira de Rosell, tengo muchos y gratos recuerdos: los rugidos de los leones oídos desde nuestro domicilio en Pocitos en las noches serenas y cálidas del verano, traídos por el viento norte típica brisa que predomina en la noche montevideana.

Mi padre iba a cumplir sus funciones médicas asistenciales temprano en la mañana. Solía llevarnos los domingos en su Ford del 30, a “bigotes”. Entraba con el auto por la puerta del costado oeste del jardín en la actual calle Alejo Rosell y Rius y General Prim (hoy Liber Arce); ancho portón de chapa de zinc que los empleados abrían al reconocer la bocina característica. Luego de un comentario feliz o desagradable según el resultado del último partido de fútbol del momento, recorríamos en automóvil las distintas jaulas por los caminos pavimentados del jardín, con la alegría y el placer, algo misterioso, que aún recuerdo claramente pese a los años transcurridos.

Por esa entrada al Zoo que describimos se encontraban construidas artificialmente unas típicas construcciones -hoy demolidas- que simulaban grutas enormes y montañas puntiagudas, de color gris y marrón, que en su interior era el depósito de alimentos para los animales: carne, pescado, frutas, verduras, alfalfa, pan y granos diversos, que se distribuían diariamente en cada jaula según el tipo de alimentación requerida por cada animal.

Se hacía la recorrida por los distintos lugares donde estaban los animales enfermos, se hacía el examen clínico, los comentarios correspondientes, elementos que aún tengo frescos en mi memoria. Terminaba su trabajo diario en la Administración dialogando con el Director del establecimiento que trabajaba en un edificio en el centro del jardín, hoy también demolido.

Siempre mantenía un trato afable y familiar, jocoso y dicharachero con los funcionarios, que solía hacer extensivo a sus familias que vivían cerca y que también los visitaba.

Aún guardamos en el archivo fotográfico familiar las obtenidas en esa época, con mis hermanos, todos muy niños jugando con las estatuas de bronce de la entrada, que representaban animales salvajes, algunas de las cuales aún están en el zoológico y que mis nietos juegan con ellas -como nosotros en aquellos tiempos- creyendo seguramente en la ficticia realidad de sus “vidas”.

En épocas de nacimiento de leones, tigres y algún “perezoso” de pocos días de vida, eran traídos a nuestro domicilio en Pocitos para alimentarlos con mamaderas de leche, por unos pocos días. Imaginaré el lector lo que significaba para niños de corta edad mostrar a otros niños del barrio a estos animales salvajes pero manejables, ante la mirada curiosa de vecinos y transeúntes asombrados.

Otro episodio grabado en mi memoria fue el siguiente: los lobos marinos y focas vivían en una pileta especial con agua de mar traída por cañería de succión desde la playa Pocitos. Aún hoy se pueden ver en días de bajante de mar los caños succionadores situados a pocos metros del extremo este de la playa entre las rocas y las piedras de esa punta. Se decía que un lobo marino logró escapar de la pileta y caminó por la puerta del zoológico camino al mar guiado por su atávico instinto, se iba por la calle Marco Bruto al sur rumbo a la playa; un funcionario del jardín lo trajo de nuevo a su recinto poniendo fin a este “grito de libertad”.

Otro episodio de trascendencia por lo que pudo llegar a ser y la gran conmoción que causó fue el siguiente: un tigre hizo un absceso de cara y había que intervenirle; se lo enlazó desde fuera y se le trajo con cuerdas y correas hacia una ventana con rejas sin salir de su jaula; había 17 empleados manteniendo al furioso animal y mi padre logró escindir con éxito el absceso drenando abundante pus. En un momento de la intervención y pese al control que había, el tigre retira bruscamente un miembro delantero y da un zarpazo sobre el dorso de una mano de mi padre clavándole una garra, sangra abundantemente, se le hace la curación correspondiente, se le da suero antitetánico, no existían aún los antibióticos, y lo recuerdo entrando a casa con la mano y brazo vendados y provocando la alarma familiar inevitable. Por suerte el tigre y mi padre estaban restablecidos a los pocos días.

Al retirarse por jubilación en julio de 1954 del área municipal fue autorizado por el Intendente a continuar los trabajos de investigación que llevaba en el zoológico. Se le confiere por el intendente Germán Barbato y por decreto: *“el asesoramiento honorario de la Comuna en materia zoológica y veterinaria, con las facultades necesarias para continuar los estudios afines a su especialidad en las distintas reparticiones municipales”*.

Capítulo VII

Actuación en Agronomía

El Instituto Nacional de Agronomía se crea por decreto del Poder Ejecutivo en 1906; en 1907 se coloca la piedra fundamental y rápidamente se inicia la construcción del edificio ubicado en el predio de la calle E. Garzón y Millán, en Sayago, que aún permanece en el mismo lugar. Dependía del Ministerio de Industrias; el Dr. Alejandro Backhaus fue su primer director.

Recién en 1925 se resuelve transformarla en Facultad que se concreta al año siguiente en 1926 por similares motivos que ya expusimos en el capítulo sobre Veterinaria: una Escuela imparte sólo docencia y una facultad además de ese rubro asocia el de investigación y extensión universitaria, trípode en que se basa la función completa.

El 27 de marzo de 1917, a la edad de 24 años nombran al Dr. A. De Boni Profesor interino de la Cátedra de Veterinaria. El 15 de mayo del mismo año es nombrado por concurso Profesor titular de dicha cátedra previa aceptación por el tribunal correspondiente y el decreto del Presidente de la República. Además de ocupar la Cátedra referida, con el tiempo fue consejero y por último fue designado Profesor Emérito, siendo éste uno de los títulos más valiosos que la Universidad otorga a sus más destacados profesionales.

Contribuyó de este modo, con la Cátedra de Veterinaria, a formar generaciones de ingenieros agrónomos en un país agropecuario, facilitando el conocimiento imprescindible de ese rubro en donde los ingenieros agrónomos deben conocer en el desempeño práctico de su profesión.

Según consta en declaraciones de sus alumnos: *“dictó Cátedra durante 40 años consecutivos e ininterrumpidos con el interés y dinamismo que sólo las grandes vocaciones pueden mantener”*. Sus clases fueron eminentemente prácticas, de docencia clara y útil, manteniendo con ejemplos, comentarios y anécdotas el interés del alumnado, siempre atento a sus enseñanzas.

Hurgando en el archivo de la documentación, tuve una sorpresa grata y poco común al encontrar una voluminosa carpeta-cuaderno de “tapas negras”, que luego se haría famosa, en donde lucía en una etiqueta de la época, con reborde dentado y marco rojo: *“Mis clases de Sayago, 1917 a 1953 – 1955 a 1957. A. De Boni”*.

En forma manuscrita, a tinta, por orden riguroso y llamativo, están todas las referencias de su actuación como docente, desde el 13 de abril de 1917 hasta 1957. Describe clase por clase, con fecha, hora y duración, lugar donde fueron dictadas en general en Sayago, Granja Modelo, en el Zoológico Municipal, en la Escuela Agrícola Jackson en el Manga. Temas docentes del día, concurrencia del alumnado, título de la clase teórica y/o práctica, así como de las inasistencias, huelgas u otros episodios relacionados a lo administrativo. Además algunas fotografías del grupo de estudiantes en las clases o fiestas de fin de cursos. En varias de ellas me he reconocido de niño de

pocos años que recuerdo, así como el carácter alegre y festivo de los alumnos que me hacían participar de las alegrías de la vida estudiantil.

Se registran también los viajes de estudio a distintos establecimientos del interior del país, los programas de estudio, detallados clase por clase y año por año, las clasificaciones de cada alumno en los exámenes de fin de curso. Comentarios sobre éste, el aprendizaje y ciertas referencias para mejorar la docencia. Creo que debe ser muy poco común el registro tan minucioso y algo obsesivo que revela un elevado sentimiento de responsabilidad por la labor ejercida.

Hasta documenta su última clase a los 61 años de edad y ya al filo de su retiro definitivo de la docencia, en donde la titula entre signos de admiración: “*Último resuello*” el 29 de julio de 1954, en la que dictó una clase simbólica con alumnos de todas las épocas, ¡con algunos ingenieros agrónomos que estuvieron en su primera clase el 17 de marzo de 1917! En ese día, en el pizarrón del Anfiteatro lucían los temas de sus primeras clases en cada curso dictado.

Adherida al ya famoso cuaderno de “tapas negras” está la tarjeta de invitación a su clase final, dirigida por el decano Ing. Agr. Bernardo Rosengurtt.

Entre las numerosas adhesiones y cartas dirigidas al acto extraigo la del Ing. Agr. Cayetano Carcavallo porque ayuda a comprender mejor la función docente del homenajeado: “*Al Dr. Antonio De Boni que nos enseñó su ciencia con generosidad y eficiencia, que dignificó su docencia con seriedad de maestro y alegría de camarada; que siempre fue justo y probo; que su cátedra ha sido siempre un ejemplo de eficiencia y caballerosidad para todos, profesores y discípulos cuya adhesión y reconocimiento la testimonia hoy al finalizar su ejemplar trayectoria que comenzó con admiración de alumnos y cerramos con hondo afecto y gratitud permanente de amigos*”.

Según otros ex-alumnos: “*desempeñó su profesorado con razonada solvencia durante 4 décadas. Aunque con escasos recursos materiales y humanos, y gracias a sus excelentes condiciones docentes pudo realizar una tarea didáctica ejemplar en la Facultad. Hacía fácil lo difícil, explicaba claro lo que era oscuro o complejo, siempre en forma amena, práctica, manteniendo el interés del que escuchaba, amenizando la clase con anécdotas o relatos que fijaban más el conocimiento vertido*”.

A título de ejemplo y como lo recuerdo perfectamente pese al tiempo transcurrido va un relato de algún episodio de sus clases: existe una afección relativamente frecuente en el ganado vacuno que se denomina pericarditis traumática, afección que lleva a la capa músculo-tendinosa que recubre el corazón, el pericardio, a una inflamación progresiva que conduce al animal a la muerte. Es provocada por la irritación que provoca un trozo de alambre u otro metal similar que el animal ingiere al comer junto con el pasto. Dicho alambre atraviesa las distintas cavidades gástricas del vacuno, el rumen, redecilla, librillo y de éste atravesando el diafragma llega al pericardio. Con los movimientos cardíacos va atravesando los órganos antedichos provocando una pericarditis que con los días lo lleva a la muerte. El cuadro clínico es muy característico y se puede llegar a un diagnóstico clínico. Seguramente después de alguna equivocación y con los hallazgos autópsicos llegó a conocer bien esta enfermedad y pudo pronosticar en vida el hallazgo que haría, el de un trozo de alambre

atravesando el corazón del animal... Casi siempre lo lograba bajo el asombro y admiración de los presentes y solía decirles a sus alumnos -jocosamente- que debían llevar siempre un trozo de alambre en el bolsillo por si fallaban en el diagnóstico...

Otros ejemplos que revelaban el humor que facilitaba la docencia eran: de un conjunto de huesos de bovinos, secos y desordenados les hacía ordenarlos para formar un miembro u otra región del animal, con el objeto de recordar la anatomía ósea.

También se faenaban terneras sanas para estudiar vísceras y regiones anatómicas más proclives a contraer enfermedades, y luego de finalizada la clase se hacía con el animal un típico asado criollo, terminando la clase con una comilona, guitarreada y una alegre fiesta de camaradería que era uno de los momentos más deseados por los jóvenes estudiantes y por el profesor.

Cerca del final de su profesorado fue nombrado para integrar el Consejo Directivo de la Facultad y posteriormente fue designado Profesor Emérito de dicha Facultad, máxima y justiciera distinción a su desempeño docente. Estaba tan ligado a esa casa de estudios que según el decano Rosengurtt no lo dejarían retirarse fácilmente. Y fue así que el retiro definitivo llevó un lapso de 3 años más. En el año 1957, en el 40 aniversario de su ingreso y de su primera clase dictada el 10 de abril de 1917, y con el mismo tema “*La célula*”, dicta una “clase simbólica”. En el pizarrón del anfiteatro lucían los títulos ya lejanos de su primera clase: “*La célula*”, “*Huesos de la cabeza de mamíferos*”, “*Valor de la medicación específica y peligros del empirismo*”, se reunieron en el anfiteatro de la Facultad numerosos alumnos, ex-alumnos, profesionales, Ingenieros Agrónomos, Veterinarios y funcionarios y ex-funcionarios administrativos, algunos de la época, junto con familiares directos de mi padre, su esposa, hijos, yernos y nietos.

Gran emoción causó al pasar la lista de los alumnos de su primera clase en 1917 que aún conservaba en su carpeta de “tapas negras”, los que dijeron presente y se pusieron de pie, y se hicieron silencios recordatorios para los desaparecidos, a cuya memoria se les rindió un homenaje especial. Como hecho divertido se vio a distinguidos ingenieros agrónomos ya de edad que no querían entrar a la clase y otros que se sentaron en las últimas filas por temor a ser interrogados por el profesor...

Creemos que es más útil y explicativo transcribir textualmente el discurso pronunciado en esa oportunidad por el Ing. Agr. Gonzalo de Salterain en nombre de las autoridades de la Facultad, porque describe con fidelidad las características docentes del homenajeado, por alguien que lo vivió como alumno y que mejor que nadie pudo apreciar lo que manifestó:

Señor Decano, Señoras, Señores.

Mediaba el otoño de 1917 cuando nuestro grupo estudiantil de 2º año de Veterinaria inició sus disciplinas de la asignatura con la orientación de quien - por su aspecto juvenil y contenido atuendo- más nos pareció travesura de camarada de bancas, que realidad de presencia de maestro.

La costumbre de estar sometidos a la autoridad de valores científicos consagrados de la que nos distanciaba, además de dispares competencias, una

notoria diferencia de edad, alteraba, en esta ocasión, aquel hábito, al enfrentarnos a un joven, contemporáneo de sus discípulos.

Sabíamos de las condiciones intelectuales de éste, demostradas en la Escuela de Veterinaria de ese entonces, en donde se había destacado como estudiante brillante y distinguido colaborador del consagrado Profesor Wolffhügel. Pero, naturalmente, la costumbre de enfrentarnos, en el Instituto de Agronomía, a un profesorado que sobrepasaba nuestra edad y jerarquía intelectual, nos creó ante el Dr. De Boni, un estado de ánimo especial, de reticencia, de zozobra mental, mientras él disponía sus preparaciones, sus apuntes, con esa inquietud y dinamismo característicos de su docencia. Y, grata sorpresa, cuando el Profesor De Boni, todo pronto, se dirigió a su auditorio, seguro claro, nos fue cautivando y su autoridad de maestro -ya en su primer clase- empezó a hacerse sentir.

Día tras día el caudal científico que recibíamos del flamante maestro, la experiencia que nos brindaba en sus clases de práctica, famosas; la generosa tolerancia con que aceptaba nuestras consultas; la cabal orientación agronómica que diera al curso de Veterinaria; la nunca decaída atención de sus alumnos, que mantenía interesada, tanto por el novedoso concepto, cuanto por la oportuna anécdota festiva; su modalidad docente particularísima, difícil de sintetizar, original y alegre y no menos eficaz que la más severa; exigente con sus discípulos, no con la adusta rigidez de mantenerlos a distancia sino emulando con su alta enseñanza que incitaba a nuestra conciencia a ponerse a tono de su exposición magistral, erudita.

Las facetas todas que conformaban aquella personalidad inolvidable, nos fueron atrayendo, cautivándonos, como dijimos, desde aquella iniciación de cursos de 1917, sea por la simpática penetración de seducciones o por la adivinación deslumbrante que, en forma repentina, se produce ante el valor excepcional de los hombres rectores.

Han pasado años. El profesor continúa sus enseñanzas cantando, con la frescura de su verba juvenil. Las generaciones de alumnos se suceden, y no obstante ello, todos siguen exprimiendo el zumo vivificante, y el maestro sigue destilando, sin desfallecer con el mismo entusiasmo inicial.

Ese, es el aspecto principal del maestro. Otro, no menos venerable, había de ser el de la ética: la lección de conducta que recibimos, lección de carácter, lección de fe en los ideales de la enseñanza, que conservan sin desfallecer, permanentemente, sus entusiasmos, su evolución constante. Estos ideales y estos sus modos de aderezarlos para una provechosa capacitación -es bueno que se sepa- fueron logrados por concurso y con todas las pruebas reglamentarias sin la decantada beca al extranjero y la reclamada asignación especial con garantía de estabilidad futura, costumbre tan puesta en boga. No. El Dr. De Boni alcanzó la destacada posición reconocida, por su esfuerzo exclusivo dentro de los medios locales, con la mano de su tesonero deseo de sobresalir y su vigoroso talento. Es esta otra leccioncita también que quizá tengamos que reeditar muchas veces en esta casa.

Como Gorgias en su última clase De Boni pudo exclamar: “Mi vida es una guirnalda a la que vamos a ajustar la última rosa”, pues su docencia fue tan íntegra y eficaz que deja en su Leucipo “el más empapado en el espíritu de mi enseñanza”.

Tendremos muy presente al maestro que despedimos, en el recuerdo y en la física de su anunciada concurrencia. Es ejemplo de difícil imitación. No obstante, la comprensión integral de su docencia, que ha formado discípulos distinguidos, extendió su acción hasta esculpir la figura y forma de su Leucipo; heredero de pesada carga, esperanza de quienes más creemos en los hombres que en las instituciones reglamentarias, e idealista capaz de recibir con brazo enhiesto el ejemplo ilustre de nuestro profesor. Naturalmente que alude a su Profesor Agregado.

Hoy exteriorizamos nuestro reconocimiento en esta forma sencilla, rodeando al Maestro, en la condición común de discípulos, jóvenes y viejos, con la admiración de todas estas generaciones que lo rodean, con un sentimiento de gratitud general en todos los que recibimos el regalo de su docencia ejemplar. He dicho.

Otro emotivo discurso que describe bien la personalidad docente de De Boni es la del Ing. Agr. Ernesto Riet, un ex-alumno y que habla en representación de los profesionales ingenieros agrónomos.

El acto de homenaje que realizamos en este momento al par que totalmente justiciero, me resulta altamente emotivo. ¡Treinta y siete años y medio han pasado! Fue el día 10 de abril de 1917, cuando por primera vez nos sentamos en la clase de Veterinaria 1º en esta Facultad y ocupó, también por primera vez, el asiento de profesor, el Dr. De Boni.

Integrábamos el grupo de 1er. año, además del que habla, los estudiantes Joaquín Suárez Blixen, Rodolfo Clavelli, Felipe Ballefín, Pedro Menéndez Lees, Mario S. Morella, Juan B. Shepard, Coralio Vega, Pedro Narbono, Enrique Vidovich, Ramiro Mesías, Antonio Fórmica Corsi, Enrique Gil Salgueiro y Agustín Bissio.

Tengamos en este instante un recuerdo amable, para los compañeros de este grupo que ya han fallecido.

De la nómina referida Pedro Menéndez Lees, Rodolfo Clavelli, Joaquín Suárez Blixen, Felipe Ballefín, Mario S. Marella, Coralio Vega, Enrique Vidovich, Agustín Bissio y el que habla, respondimos “Presente” al pasarse la lista en aquel lejano 10 de abril y enfrente nuestro, ya con prestancia de todo un profesor, nuestro homenajeado de hoy.

Transcurren los años. Sucesivamente, año a año, la Facultad va habilitando con su diploma de Ing. Agr. a un número variable de elementos jóvenes -promesas de porvenir- que se lanzan con los conocimientos aquí adquiridos en el concierto de las actividades del país, a conquistar posiciones económicas para sí y prestigio

para la profesión que han elegido. Cada promoción y cada uno en particular lleva en su mente el recuerdo de las múltiples incidencias propias del pasaje por una Facultad y en su corazón, llenando el alma, la emoción de las imperecederas amistades surgidas entre todos, alumnos y profesores entre sí, en el continuo contacto obligado por el período de estudios.

El Dr. De Boni ha conquistado estos dos aspectos del recuerdo y ha vivido en él. En la mente de todos ha quedado grabada su textura de Profesor, su recia personalidad de Catedrático; pero aún más, desbordando estas dos acepciones, podemos decir, que por su eficiencia indiscutida en la Cátedra, ha quedado en nuestra mente, con caracteres indelebles, la sensación de que el Dr. De Boni fue UN MAESTRO; sí, con mayúscula, UN MAESTRO.

En nuestro corazón supo desde los primeros momentos, ir acumulando, primero consideración, luego simpatía y reconocimiento, porque siempre y en cada momento estuvo dispuesto a prestar toda su ayuda, entregándose entero a sus discípulos, prestando todo su concurso, sin retaceos, a los que a él recurrían en procura de mayores luces en la materia o mismo en procura de consejos sobre los múltiples problemas de distinto orden que se le presentaban al estudiante. En el correr del tiempo el Profesor, se transformó en amigo. El respeto, la consideración debidos al Profesor, el agradecimiento sentido por las enseñanzas recibidas, se fueron transformando en amistad; amistad sincera y grande, imposible de olvidar, porque ella ha sido acrecentada más tarde por el noble comportamiento del Dr. De Boni con los que fueron sus discípulos ya fuera de las aulas. Y aquí también el Dr. De Boni fue Maestro: Maestro de la amistad, estimada en el más alto sentido del vocablo, por haber hecho culto de ella y ser su más ferviente devoto. En tal sentido puede estar seguro que es totalmente correspondido por todos los que tuvimos el honor y el privilegio de haber sido sus discípulos.

Maestro: acepté decir estas palabras en este significativo acto, no por considerar que tengo más merecimientos que otros colegas, sino porque fui designado para hablar en nombre de vuestros ex-discípulos; porque fui uno de vuestros primeros discípulos y porque siendo actualmente Presidente de la Asociación de Ingenieros Agrónomos, que agrupa a la mayoría de los Ingenieros Agrónomos y lógicamente al mayor número de mis representados, creí estar en condiciones de hacerlo e interpretar el sentimiento de todos ellos hacia su persona, que estoy seguro, es el que dejo expuesto.

Nuestra amistad y reconocimiento os acompañarán en vuestro bien merecido descanso.

Y en representación de los estudiantes de Facultad el bachiller Raúl Brescia dijo:

Hoy nos corresponde a los estudiantes dar la despedida a quién tantas veces nos ha brindado su bienvenida. Se aleja de nosotros, el profesor, el maestro, que a

través de largos años de proficua labor, ha visto pasar por las aulas a toda la profesión agronómica.

El Dr. De Boni debe sentirse en este día, justamente orgulloso entre esta, su gran familia, compuesta de generaciones de todas las edades, en las que él ha sembrado la semilla de sus enseñanzas; y sus frutos están hoy a la vista.

Sabemos que este alejamiento no es definitivo; quien ha vivido junto a esta Casa tantos años siguiendo sus alternativas paso a paso, sus caídas y sus repuntes, es parte integrante de su vida misma y como tal a ella pertenece.

Puede tener el Dr. De Boni, la seguridad que llevamos de él impresiones gratas. Cuando en nuestros recuerdos evoquemos los días de estudiante, no ha de estar ausente de ellos la figura del Prof. De Boni sentado en el aula con su guardapolvo blanco o su camisa arremangada y sus lentes sobre la nariz, dictando su clase con aquellas expresiones suyas tan campechanas; o lo veremos moviéndose de un lado a otro con su paso rápido y nervioso.

Profesor De Boni:

En este momento en que pone punto final a su fecunda labor docente, sus alumnos de las generaciones más jóvenes, venimos con estas sencillas palabras a rendirle nuestro sincero homenaje, a expresarle agradecimiento por sus enseñanzas y a brindarle el emocionado saludo de la despedida.

El Dr. De Boni agradece emotivamente los discursos efectuados.

Posteriormente, el 8 de octubre de 1956 es nombrado Profesor Emérito de la Facultad y que él consideró como el mérito más relevante de su carrera veterinaria. Recordemos que este título lo entrega la Universidad al profesor -que por sus méritos y capacidad- no desea apartarlo de su actividad profesional, docente y de investigación, manteniéndose en su equipo consultor y docente.

Se le entregó un pergamino alusivo al acto que aún guardamos los familiares y que dice textualmente:

**Al Profesor Emérito
Dr. ANTONIO DE BONI**

que nos enseñó su ciencia con generosidad y eficiencia; que dignificó su docencia con seriedad de maestro y alegría de camarada; que siempre fue justo y probo; que su Cátedra ha sido siempre un ejemplo de eficacia y caballerosidad para todos, profesores y discípulos, cuya adhesión y reconocimiento le testimonian hoy, al finalizar su ejemplar trayectoria que comenzó con admiración de alumnos y cerramos con hondo afecto y gratitud permanente de amigos.

Emocionó el recuerdo de la Asociación de Funcionarios de la Facultad de Agronomía en donde: “no sólo fue visto al Catedrático, sino al amigo, al compañero de

los funcionarios, los que han actuado en contacto más directo como ayudantes de la labor en las clases, como para aquéllos otros para los que tuvo siempre una palabra de estímulo y aliento acompañado siempre del gesto caballeresco y cordial”.

Este comentario puede ser refrendado por todos los que lo vimos actuar en un trabajo profesional y docente. Sin embargo nos queda un recuerdo no similar para el trato con los familiares íntimos o con los niños, por no sé que misteriosa actitud de diferenciar lo vinculado a su actividad laboral y la intimidad familiar, siéndole más difícil la entrega afectiva a estos últimos.

Creemos útil transcribir textualmente el discurso que en esta oportunidad hiciera el decano Ing. Agr. B. Rosengurtt, por ser una autoridad reconocida y porque señala aspectos completos del homenajeado que se retiraba de la Facultad. Dijo estas palabras:

Dr. De Boni

Sres. Profesores

Sres. Colegas, Sres. Alumnos, Señoras y Señores.

La Facultad de Agronomía entrega hoy al Dr. De Boni este pergamino con la designación de Profesor Emérito, con ello reconoce la muy eficaz y ejemplar labor docente, que realizó en la cátedra y en pro del mejoramiento de la Casa de Estudios.

Es destacable que en estos 4 años de Consejo Directivo no se hayan designado otros profesores con este título. Los integrantes de esta casa hemos elevado el punto de mira, exigiéndonos mucho a nosotros mismos.

Esta mutua exigencia entre docentes, y entre docentes y alumnos, realizada al máximo y sanamente, y con el ánimo de mejorar las industrias agropecuarias y la moral de los integrantes de la Casa, para llegar al objetivo de mejorar el bienestar y la moral del pueblo uruguayo, es el mecanismo que prestigia a cada uno de nosotros y a todos en conjunto.

Conferimos este honor académico a un médico veterinario, demostrando ello, que en la labor docente elegimos a los mejores sin reparar en títulos profesionales.

Así tenemos en esta Facultad 6 veterinarios más 5 químicos y un arquitecto. Así se trasvasan de otras facultades una gran amplitud de conocimientos que permite a nuestros egresados triunfar en libre competencia y sin necesidad de privilegios profesionales.

Los ingenieros agrónomos esparcen las técnicas modernas por la libre persuasión y sin recursos legales que las fuercen. Cabe pensar que si se dieran leyes que permitiesen a los agrónomos imponer técnicas modernas, como se dan en las demás profesiones el país progresaría con mayor rapidez de lo que sucede actualmente.

Queremos insistir, que nos debe guiar el espíritu que dio Eduardo Acevedo a la Universidad, que después se perdió y que actualmente renace, y que es unir las dependencias de la Universidad de manera que se evite la repetición de gastos y que estimule la especialización más profunda de los docentes. Confiamos en que

el traslado de la Facultad de Agronomía al interior del país, permita reunir los servicios docentes dispersos en las 3 Escuelas y Sayago, y formar así la gran Facultad que necesitan las industrias agropecuarias de este país.

En otras palabras, gracias a los docentes que traemos de otras facultades, como el Dr. De Boni, y gracias también a las cualidades personales del Profesor De Boni, los agrónomos nos hacemos mejores y más aptos para servir al país.

Dr. De Boni: tengo que cumplir la gratísima obligación de entregar a Vd. este pergamino, agregando al reconocimiento de la Facultad mi agradecimiento personal, por la simpatía que supo despertar en mí por su materia, por el respeto que me hizo sentir por su profesión, por los valiosos consejos del profesor experto, que supo aclararnos en cualquier momento y lugar los problemas técnicos.

También consideramos de interés destacar el discurso de un docente en el momento ex-alumno de mi padre, el Ing. Agr. Gabriel Caldevilla por ser muy descriptivo y provenir de un docente:

En representación de los docentes de la Facultad el Profesor de Silvicultura Ing. Agr. Gabriel Caldevilla expresa:

Señoras y Señores:

Acabamos de presenciar la entrega del diploma de profesor Emérito de la Facultad de Agronomía al Dr. Antonio De Boni.

Se ha dado así cumplimiento a la resolución del Consejo Directivo de fecha 13 de Setiembre de 1954 que dice: “Se resuelve por unanimidad designar al Dr. Antonio De Boni profesor Emérito de la Facultad de Agronomía”.

La letra fría de tal resolución poco dice de la profunda satisfacción que invadía a quienes tal resolución dictaban, de declarar profesor Emérito de esta casa, a una de sus figuras más destacadas, más simpáticas y más queridas.

Casi todos los integrantes del Consejo habían sido discípulos del Dr. De Boni y consagraban en esa resolución su homenaje a quien a través de varias décadas había dado de sí, todo el bagaje inmenso de su sabiduría, el caudal enorme de su simpatía, la intensidad de su dinamismo y el magnífico ejemplo de su hombría de bien, que hacían en su conjunto un profesor dignísimo que ha dejado en esta casa y en el corazón de sus discípulos un recuerdo imborrable.

Personalmente, en el acto de tal resolución, en el breve decurso de unos segundos, llevado por la imaginación, volví a encontrarme sentado en esta misma aula, rodeado por mis queridos compañeros de aquella época, teniendo a mi frente al Dr. De Boni. Persiste aún en mí el recuerdo de sus clases. Sobre la mesa un montón de huesos blancos relucientes, un conjunto de papeles, y el libro de asistencia.

Detrás de todo este material la figura enérgica del Profesor De Boni, desarrollando un tema. Su voz firme y penetrante; sus gestos austeros y

vigorous, su explicación clara y concisa. A su frente, la clase, pendiente de su disertación siguiendo la trayectoria de su mano, que complementando la palabra contribuía eficazmente a concretar la idea desarrollada, aclarando un concepto, quedando así firmemente grabada en nuestras mentes, una enseñanza más de aquel torrente que fluía del armonioso conjunto de voz, desplazamiento y gestos, que componían la figura del profesor. Había además, expectativa. Se esperaba la pregunta que en cualquier momento el Dr. De Boni haría. “A ver, Vd.” ¿Quién, yo? “Sí señor, Vd.”. “Qué huesos componen la cabeza del equino”. Y allí iba la contestación. Contribuía así a aumentar la atención de una clase, de por sí atractiva.

Así lo han visto varias generaciones de alumnos, varias generaciones de admiradores, varias generaciones que aprendimos del Dr. De Boni algo más que Anatomía y Patología Animal.

Generaciones que aprendimos de la responsabilidad de un profesor responsable, que ponía en el acto de enseñar no sólo la virtud de transmitir conocimientos, sino también el amor y la dedicación a la enseñanza transmitida por la voz o el trazo rápido de la tiza al deslizarse en el pizarrón o la explicación directa sobre el propio animal en la clase práctica.

Mente y corazón puestos al unísono, para hacer de su clase un momento agradable, instructivo, del cual salir satisfechos profesor y alumnos. Clases preparadas, con orden, con sistema pedagógico, técnico o no; pero sí eficiente por ser profunda su sabiduría, por ser facilitada su interpretación con la sencillez de los que saben y tienen el sentido de lo fundamental y lo superfluo.

Generaciones que aprendimos de la honradez en la enseñanza, de quien daba todo de sí, sin ocultamientos, dispuesto a contestar toda pregunta, dentro o fuera de la clase, aclarando conceptos, indicando caminos, orientando. Profesor que no tuvo distingos entre sus alumnos. Era su clase, impersonal, su alumno, tratado en su conjunto, a él dedicaba su esfuerzo y prodigaba su atención.

Adornado de un especial sentido de justicia aún en la dura prueba del examen, nunca se oyó una voz de protesta en el fallo de una nota, ni siquiera en una reprobación.

Por todo lo dicho, el profesor Dr. Antonio De Boni ha sido un triunfador.

Se retira del profesorado activo de esta casa, luciendo el bien ganado título de profesor Emérito, título otorgado por Resolución del Consejo Directivo y que confirma esta magnífica asamblea que constituyen todos los presentes.

Se retira con magníficos honores ganados en una casa de estudios, que no fue la que le diera su título universitario. Por ello doblemente magnífico su triunfo. Alcanzar uno de los máximos honores concedidos a personal docente, por una profesión que no es la suya, pero que lo estima y lo respeta como uno de los suyos y lo distingue en reconocimiento de una labor digna, positiva y destacada. Triunfa el Dr. De Boni en la Facultad de Agronomía, amplia y acogedora, dispuesta a recibir en su seno, personas de otras disciplinas universitarias, que traigan a ella su caudal de conocimientos que acrecienta el saber de sus

egresados. En estos momentos en que otras Facultades cierran sus puertas o dificultan la entrada a Ingenieros Agrónomos en temas puramente agronómicos, nuestra Facultad, conocedora de su real valer, no sólo abre sus puertas para recibir, sino que en casos como el de hoy, abre sus puertas para despedir con el título de profesor Emérito a uno de sus más queridos profesores, que aún retirado de su actividad profesoral, seguirá siempre consustanciado con dirigentes, profesores y discípulos. Tal saludable criterio ha hecho posible que bajo el techo de esta casa resuenen las enseñanzas de veterinarios, agrimensores, arquitectos, ingenieros, para que con un team de profesionales actuando en la docencia, sea más completa, más perfecta y más real la capacitación de nuestro alumnado.

En este orden de cosas nos congratulamos hoy de haber tenido profesores de la talla del Ing. Iglesias Hijes, Ing. Cayetano Carcavallo y Dr. Antonio De Boni.

Compañeros del personal docente, el ejemplo del Dr. De Boni, en esta Facultad será siempre un estímulo para todos nosotros, que contribuirá sin duda a acicatear nuestros esfuerzos hacia una enseñanza mejor, en cada uno de los temas que nos toca desarrollar.

Dr. Cagnoli – Dr. Parietti: les corresponde a Vds. mantener el prestigio de la cátedra de Veterinaria, que dada la capacitación y espíritu de trabajo demostrado a través de vuestra actuación, estamos todos seguros, sabrán mantener. Responsabilidad de hombres jóvenes y capaces, dignos sucesores de tan brillante maestro.

Señoras y Señores, para terminar estas mal hilvanadas palabras, diré que es para mí un honor el que me han dispensado mis compañeros de labor docente, de poder hacer uso de la palabra en el acto de consagración del Prof. De Boni tan admirado y tan querido y pido a todos los presentes ponerse de pie para saludar a tan dignísimo representante de la profesión veterinaria y tan brillante maestro de nuestra juventud agronómica.

Con cierto temor de ser reiterativo pero por lo importante que fue para mi padre el nombramiento de Profesor Emérito y las elocuentes palabras del Ing. Agr. Horacio Sánchez Rogé sólo van trozos de su discurso.

...Y porque quisiéramos volver a estar a lado del maestro, del gran maestro De Boni, que ya tenía la virtud maravillosa de enseñarnos, con el prodigio de su talento, con su vigorosa ciencia pedagógica y didáctica, cuando todavía era poco más que un adolescente, como si entre los que formábamos el grupo de alumnos, hubiera surgido de pronto, uno del mismo grupo, con la experiencia, con los conocimientos, con las disciplinas, y sobre todo, con la jerarquía y autoridad suficiente, como para que nosotros pudiéramos aprender, escuchándolo.

El Dr. De Boni vino a la Facultad en un momento providencial y necesario, naturalmente. La vida de las instituciones, es como la vida de los hombres, como

la vida de la Historia. Experimenta períodos críticos, como períodos de auge: detenciones, retrocesos o avances. Son procesos como los de las catástrofes geológicas, como los de las alternativas del tiempo.

Le tocó a nuestra generación vivir aquella crisis, aquellos momentos, en qué, en términos generales, había fallas en la docencia agronómica, principalmente en los aspectos pedagógico y práctico. Y no es esto, un reproche. Es simplemente, el recuerdo de un hecho que sirve para situar al maestro en un escenario donde su figura, no se agiganta por el contraste, porque su brillo era ya el de un universitario que hubiera sobresalido en cualquier medio, sino porque su presencia en esta casa, vino a jerarquizar a la profesión de ingeniero agrónomo. Como en otras oportunidades lo expresara algún colega, la presencia del Dr. De Boni en la Facultad, fue deslumbrante. Siendo un profesional muy joven aún, poseía por rara virtud, ese bagaje de conocimientos que sólo se adquiere con una larga experiencia, con la clínica, en el extenso proceso modelador de los años, en el que se acumulan las observaciones y las enseñanzas, y se forma y madura el criterio, que es el camino que conduce a la verdad, como decía Balmes.

Y a todo esto, que ya es título indiscutible de jerarquía docente, unía la rara habilidad de enseñar aplicando a la enseñanza los más estrictos principios de la ciencia pedagógica, a la que desbrozaba de sus duras aristas, para convertirla en arte.

En esa forma, lo árido se convertía en atractivo; lo difícil venía a ser extremadamente fácil; lo oscuro se transformaba en luz; y en ese sentido, poseía el privilegio de un taumaturgo, o de un alquimista, de los conceptos, de las situaciones, de las palabras.

Un buen profesor, puede ser un sabio; pero, un sabio, a veces no puede ser un buen profesor. Una disciplina atrayente puede hastiarnos y a la inversa, una asignatura fría, estática, puede convertirse en materia de enorme interés para el oyente.

El Dr. De Boni, reunía esas dos grandes virtudes, por rara coincidencia, por predestinación de su talento, y porque, además, profesaba el culto de la enseñanza.

Desde su primer clase, desde el momento en que pronunció sus primeras palabras, ya advertimos que estábamos en presencia de un gran catedrático. Sin empaques, ni poses académicas, sin afectaciones del lenguaje, con la sencillez de la verdad, más bien como el que da un consejo, o relata un acontecimiento, nos fue iniciando en las disciplinas, para que había sido llamado a dictarlas.

Podía decirse, que uno salía de sus clases, como cuando uno se levanta de una de esas mesas de mantel largo, satisfechas y colmadas en el caso, las apetencias del saber, y las inquietudes más exigentes del pensamiento.

Estábamos pues, en presencia de un pedagogo, en su concepto más integral, en el que surge con carácter de verdadera ciencia filosófica, cuando se inicia en el

Renacimiento, en la idea que admitía Kant, cuando desechaba los valores de la llamada educación mecánica.

Y el Dr. De Boni -el maestro De Boni- no venía de las academias, ni de los claustros, donde se cultivan las normas rígidas del precepto pedagógico. Entonces, su juventud era prácticamente la nuestra, y los escasos años de vida profesional, no le hubieran dado tiempo para ello.

El fenómeno habría que explicarlo diciendo, que su caso era el mismo de aquellos valores excepcionales de principios de siglo, que se llamaron Musso y Gómez Marín, Piaggio y Lapeyre, Crispo Acosta y Arboleya, grandes maestros que eran sabios, y sabios que eran a la vez, grandes maestros.

Había en la Facultad entonces, y hubo también antes, profesores extranjeros de mérito; Walther, por ejemplo, que en las vacaciones viajaba a Alemania para dictar conferencias en la Real Academia de Minas de Prusia. Pero, ninguno de ellos, nutrió de conocimientos al estudiante, como lo hiciera el Dr. De Boni.

De sus clases puede decirse, que había verdad y luminosidad en sus discursos, severa rectitud en sus móviles, firmeza en los propósitos, y al mismo tiempo, esfuerzo de comprensión y de tolerancia, que nunca alcanzó a subordinar al principio que regía la gestión del maestro, porque su ciencia y su espíritu, despertaron siempre, la admiración, el respeto y el interés del alumno.

Corresponde señalar, por otra parte, el ejemplo magnífico del Dr. De Boni, en el trance histórico que en aquel entonces empieza a manifestarse, con signos alarmantes.

Decía Rodó; “que a medida que la humanidad avance, se concebirá más claramente la ley moral, como una estética de la conducta. Se huirá del mal y del error -agregaba- como de una disonancia”.

Rodó, humanista extraordinario, idealista por vocación y por temperamento, olvidaba entonces, que en la historia del Mundo hay muchas caídas a la Edad Media; y no pudo prever ni admitir, que íbamos a vivir una época de fríos egoísmos y terribles materialismos.

Cuando el fomento de la cultura empezaba a ser un pretexto para cubrir el desinterés de algunos sectores de la juventud por las nobles especulaciones de las cosas del espíritu, el Dr. De Boni, como profesor, como amigo y como hombre, se mantuvo aferrado a aquella ética invariable que cultivaron nuestros abuelos y nuestros padres, como si hubiera y hubieran querido prolongar la paz armoniosa, los principios de solidaridad humana, el cumplimiento de los preceptos del deber, que caracterizaron aquellos tiempos pretéritos.

Dr. De Boni: Cuarenta años ha, que nos alejamos de estas aulas y de vuestro lado, para seguir los caminos de la vida; caminos algunos, de fácil tránsito, y otros con zarzas que hirieron nuestros pies y laceraron nuestro espíritu.

Muchos de nuestros compañeros, cayeron para siempre. Y los que aún no hemos pagado ese tributo inexorable, estamos ahora aquí, en el instante emocionado del reencuentro, como el bumerang que arrojaron vuestras manos, y que vuelve

a las mismas manos después de describir una parábola verdaderamente inverosímil.

En esa trayectoria, tratamos siempre de inspirarnos en vuestro ejemplo. Y estamos otra vez aquí, para confundirnos en un abrazo, que marca los extremos del arco de esos cuarenta años, cuyo significado es el de la amistad, engarzada en el premio que se le otorga a una vida noble, útil y digna.

Hubo numerosas adhesiones que sólo mencionaremos su procedencia: el R. P. Sebastián Barreto con palabras por Radio Montecarlo; de la Federación Rural del Uruguay por intermedio de su presidente el Ing. Agr. Julio Stirling; de la Sociedad de Colaboradoras de la Medicina Veterinaria del Uruguay por intermedio de su presidente Sra. María E. Bergara de Bregante; de la Federación Rural del Uruguay; de la Sociedad de Medicina Veterinaria del Uruguay, de la Agrupación Universitaria del Uruguay; de la revista Agros, órgano oficial de la Asociación de estudiantes de Agronomía, de todas ellas integrante y colaborador activo.

De la Revista “Don Bosco”, órgano de los ex-alumnos salesianos, de la Propaganda Rural que destacaba entre otros elogios: *“que podía afirmarse que no puede hablarse de solución de problemas de sanidad animal sin involucrar el nombre del Dr. A. De Boni, hecho en las disciplinas del trabajo duro y sin pausas, con sentido práctico y científico de modo tal que lo colocan entre los pioneros de la Medicina Veterinaria del Uruguay”*.

Del estudiante Bachiller Alberto André que, como todo estudiante, tiene el valor de juez inexorable, como todos los estudiantes de todas las épocas, de la actividad de sus maestros y expresaba: *“...el Dr. De Boni ha sabido balancear sus conocimientos y su experiencia, concentrarlos y luego ofrecerlos al alumno, exento de derivaciones que distraen y libres de palabrerío que le resta claridad”*.

Del médico veterinario Dr. Guillermo Lockart en representación de la Sociedad de Medicina Veterinaria y de la Agrupación Universitaria de la que fuera De Boni un distinguido trabajador y propulsor, recalca la labor fundamental del homenajeado al haber intentado aunar dos profesiones, veterinario y agrónomo, en un país fundamentalmente agropecuario.

El Dr. De Boni agradece emocionado su nombramiento y manifiesta que fue la más profunda satisfacción en su vida universitaria y profesional.

Capítulo VIII

Actividad profesional privada y Veterinaria “De Boni”

En 1922 llevaba mi padre unos 8 años de recibido ejerciendo 2 cargos públicos docentes en la Universidad y un tercero -asistencial- en el Zoológico como ya vimos. Paralelamente ya había formado su hogar y estaba por nacer su primera hija. Ya había iniciado su actividad profesional privada y tenía una selecta clientela que documentaba en una libreta que aún existe, con los honorarios recibidos y de los “otros” y que la inicia el 15 de mayo de 1920. Decide entonces crear una empresa comercial, una veterinaria, que prácticamente no existía en esa época. Hasta esta decisión, los productos de uso veterinario los comercializaban los comercios generales de otros ramos y en el interior las pulperías; en general eran medicamentos escasos y se hacían sin dirección técnica.

Asociado a dos familiares funda en 1923 la Veterinaria “De Boni y Cia”, que se instala provisoriamente en la Calle Convención y rápidamente se traslada a la calle 18 de Julio 1086 entre Paraguay y Río Negro, en la acera sur, a pocos metros de la ya famosa tienda “London París”.

La Veterinaria “De Boni” fue y es hoy día un hito comercial en el ramo, punto de referencia para los montevideanos en afecciones de pequeños animales domésticos y en mayor proporción del interior del país, en el campo y ciudades, en estancias, cabañas y granjas.

Desde su inicio abarcaba varios rubros de la especialidad: atención veterinaria y asesoramiento en pequeños animales y a las principales cabañas ganaderas del país, contribuyendo a mejorar la salud, desarrollo y riqueza genética del ganado en el Uruguay.

En el registro de sus actividades ya en 1925 y 1926 -que hallamos en documentos del archivo- nos explican como el establecimiento fue precozmente premiado en exposiciones nacionales y ganadora de premios en: la Exposición Nacional de Granja en 1926, que los reitera en los años sucesivos; Gran Premio y Medalla de Oro en la Exposición Agropecuaria e Industrial de Canelones en 1926, Medalla de Oro en la Exposición Nacional de Fruticultura en 1927, Diploma de Honor en la Exposición Nacional de Industrias en Colonia Suiza en 1930, etc., etc.

Disponía de atención veterinaria para pequeños animales, poseían implementos para avicultura, útiles para perros, gatos y conejos. Instrumental para animales de lechería, medicación y útiles veterinarios para animales de granja, alimentos e higiene de pequeños animales. Libros y revistas de ganadería, apicultura, agricultura, veterinaria e industrias rurales. Tuvo su propia editorial “De Boni y Cia” como después analizaremos.

En boletas y folletos de propaganda lucían los siguientes renglones: atención veterinaria a cargo del Dr. A. De Boni, droguería veterinaria, instrumentos y material para uso en cirugía veterinaria. Sueros y vacunas: la famosa vacuna “Pasteur” contra el carbunco así como la “Leclamide” y Vallee” también contra el carbunco o la mancha de los terneros.

Además de la consulta y asistencia veterinaria se hacían vacunaciones, tuberculizaciones, inspecciones veterinarias.

Se contaba con laboratorio de análisis clínicos, implementos para avicultura, estancias, cabañas, granjas y tambos. Instrumentos para descornar, castradores, señaladores, pinzas de tatuajes, jeringas de inyectables, caponizadores de aves, pulverizadores simples y de presión continua. Alimentos y tónicos para animales.

Un rubro específico de la empresa era la fabricación artesanal de medicamentos y otros productos que se hacían en el propio local, en la planta alta. Se llegaron a registrar 161 específicos de marca “De Boni” bajo la dirección de mi padre con asesoramiento nacional e internacional, europeos y norteamericanos: desinfectantes, cicatrizantes, antipsónicos, hemostáticos, mata-gusanos, tópicos antiverrugas, unguentos, pomadas, polvos, revulsivos, caústicos, disolventes, descongestionantes, resolutivos, purgantes, desinfectantes, lombricidas, expectorantes, antidiarreicos, diuréticos, anticólicos, afrodisíacos, alimentos variados y tónicos. Remedios preventivos y curativos de las enfermedades de animales de corral, aves, conejos, etc. Específicos y alimentos para perros y gatos. Descornadores químicos, productos para higiene y toilet. Productos para destrucción de insectos y animales dañinos.

No insistimos para evitar el cansancio del lector que observará el lenguaje de la época, fundamentalmente realizado para la función a tratar más que el nombre del medicamento que no era conocido aún.

También se notará que dada la fecha no se habían descubierto los antibióticos ni otras novedades actuales.

Sólo -a título de grato ejemplo- recordaremos el jabón para perros CYNOFIL “De Boni” que por su valor real era adquirido también para la higiene humana y el lavado del cabello!... Además cierta pomada descongestiva para las patas de los equinos de carrera y comunes era usada por los adquirentes para tratamiento de dolores articulares y otro tipo de reumatismo, ¡al parecer con éxito!...

Pasado el tiempo la Veterinaria dejó de elaborar los específicos porque no se podía competir con la producción industrial de los laboratorios. Hoy día es más importante prestar asesoramiento veterinario integral a los establecimientos rurales. Los medicamentos se comercializan, no se elaboraron más en la empresa.

La Veterinaria “De Boni” fue la primera veterinaria comercial del Uruguay. En noviembre de este año 2003 cumple ochenta años de fundada, de ininterrumpida labor comercial y profesional, hecho infrecuente en nuestro medio y que nos enorgullece.

La veterinaria de la calle 18 de Julio ocupaba una antigua casa de dos plantas, amplia y cómoda, apropiada para este negocio. En la planta baja funcionaba la administración y gerencia, ventas, depósito de productos e instrumental veterinarios, incubadoras, etc., diseminadas por el hall de ventas. Materiales de apicultura y para estancias y cabañas. Al frente tenía 2 grandes vidrieras, llamativas por su contenido que se harían clásicas para los numerosos transeúntes de la primer avenida.

La planta alta se destinaba a los consultorios, escritorios, sala de espera, sala de baños y corte de pelo para perros, depósito y fabricación de medicamentos y otros productos. Al fondo un sanatorio para internación de animales enfermos graves.

En el frente de la planta alta había un gran balcón con terraza hacia 18 de julio; durante años mi padre llevaba a toda la familia a mirar y disfrutar de los eventos que se realizaban por la primer avenida, desfiles de carnaval, desfiles militares; recuerdo claramente la Procesión de Corpus Christi que se hizo en 1936 y que era encabezada por el Cardenal italiano Eugenio Paccelli que pocos años después será el Papa Pío XII. En todos esos espectáculos que mirábamos con comodidad y avidez desde el balcón, mi padre escribía febrilmente a máquina sus cartas y documentos sin participar de lo que disfrutábamos la familia. Este era otro típico aspecto de su carácter; tenía que ejecutar siempre una labor porque no podía o no quería disfrutar de un evento como los relatados.

Al principio la asistencia la realizaba sólo un veterinario, mi padre. Se convirtió en uno de los pioneros en dar a conocer la profesión en el Uruguay, en la ciudad y en el campo. En éste aplicó los principales principios técnicos de la cría y mejoramiento del ganado en base a una sólida formación técnico-científica, a su sagacidad psicológica para conocer la idiosincrasia del hombre de campo para poder doblegar su apatía, su reticencia a los cambios y mejoras, a la instauración de la profilaxis que en general rechazaba pese a que con ese sistema vería mejorado el rendimiento de su ganado para la venta y comercialización.

Su sentido de responsabilidad, su bonomía, su laboriosidad inquebrantable y contagiosa lo hicieron centro de convocatoria durante decenios. Aún hoy, a 80 años de su fundación, en Montevideo y en el país se recuerda el nombre de la veterinaria, una empresa que quedó en la memoria de los de aquella época y de sus descendientes que por distintos motivos tuvieron contacto con el establecimiento.

Llegó a tener 19 empleados de distinta categoría, veterinarios, gerente, jefe de ventas, vendedores, técnicos químicos, empleados que cumplían distintas funciones; algunos de éstos eran familiares entre ellos lo que le daba un carácter íntimo como era el estilo de la época.

La entrada principal al comercio en la planta baja estaba flanqueada por dos grandes vidrieras en donde se exponía -en pleno 18 de Julio- además del material de uso veterinario, pequeños animales vivos, pollitos, pájaros, conejos, perritos, que eran imprescindible motivo de atracción para detenerse a mirar niños y transeúntes. Recuerdo jaulas con ratones blancos que recorrían las mismas y rodaban en ruedas giratorias, como propaganda para promover la venta de granos raticidas, que atraían la atención y el recuerdo del público por lo original y atractivo. Había también aves y animales embalsamados que muchos memoriosos recuerdan aún. El famoso nido de espinero que aún se guarda celosamente en la sala de ventas del comercio actual; era un nido típico con su pájaro constructor, un espinero, embalsamado a la entrada del nido, arquitecto del mismo; como hecho curioso en lugar de ser construido como es la regla con ramitas secas de árboles y yuyos, lo había construido con trozos de alambre y piezas afinadas de hierro y metal, porque el nido estaba construido frente a una herrería de campaña y el atavismo se reveló con el material más cercano al constructor. Ha quedado como un emblema de la veterinaria.

Otro hecho que mis padres nos relataban era que recién inaugurada la veterinaria, cuando su primogénita tenía un año de edad, solían ponerla un rato en la vidriera, donde correteaba y jugaba bajo la mirada curiosa y extasiada de la gente que deambulaba por la calle; tal era el carácter de mi padre que no perdía oportunidad de mezclar lo ortodoxo con lo jocoso, rasgo que lo recordamos con gratitud.

Por muchos años, gran número de montevideanos recordarían estas vidrieras tan especiales, con regocijo de niños. Este testimonio verbal me fue relatado en innumerables oportunidades al declarar mi apellido que se identificaba con el comercio y con los animalitos de las llamativas vidrieras.

Recuerdo, como parte del anecdotario florido de la niñez, que mi padre solía llevarme a la veterinaria en su Ford “a bigotes” por 18 de Julio con el tránsito por la izquierda, la dirección del auto a la derecha y a cualquier hora del día siempre había un lugar para estacionar en 18 de Julio, delante del comercio. Para los más jóvenes, recuerden que el Ford “a bigotes” se le llamaba porque detrás de la dirección había dos palancas en forma de V que dibujaban un bigote en el imaginario colectivo.

Los días “de ir a la veterinaria” eran en general los domingos de mañana porque no había clase en la escuela. Llegábamos siempre temprano, subíamos a la planta alta por una larga escalera de mármol e inmediatamente mi padre iniciaba su escritura a máquina y me ponía a mi a “escribir” con un dedo en la vieja “Continental” que aún guardo en mi casa actual, para solaz de mis nietos.

Recuerdo a mi padre que luego de escribir a máquina varias hojas con una cinta de color azul-violeta especial hacía copias en un “copiador” muy característico en esa época; era un aparato de metal, muy pesado, rectangular, con una base metálica, de unos 60 x 40 cms., con una plancha debajo y otra similar arriba movible por un grueso tornillo mediante un vástago transversal con dos bolas de bronce en sus extremos. Sobre la plancha inferior se aplicaba una cartulina, luego la hoja escrita a máquina, después la hoja en blanco, se mojaba con un pincel ancho de cerdas largas, y luego se aplicaba un papel secante, de aquellos color rosado. Se guiaba rápidamente el vástago transversal para que por intermedio del juego del tornillo descendiera la plancha superior que iba a comprimir por 3 o 4 minutos los papeles antedichos. Se destornillaba y en pocos minutos se secaban original y copia... Era la precursora de la actual fotocopidora pero ¡qué diferencia operacional! ¡Qué tiempos distintos, más lentos y más laboriosos!, quizás más tranquilos, más trabajosos, que pueblan ahora mi memoria al escribir estos recuerdos con ese gusto agrídulce de lo pasado, mezcla de nostalgia y placer de haberlo vivido.

Otra actividad que veía hacer aún los domingos por la mañana en el comercio eran los productos farmacéuticos y remedios, de ejecución exclusivamente artesanal realizados por algunos empleados especializados que trabajaban también los feriados, haciendo en inmensos toneles la pasta de jabón, las cápsulas de gelatina para los bolos antilárvidos para las parasitosis intestinal de los caballos que luego de hacerlos en moldes de metal especiales, se les llenaba del líquido específico. Yo ayudaba a fabricar los tapones de gelatina y ponerlos en su lugar correspondiente, bajo la mirada atenta y algún comentario jocoso de los empleados con que se entretenían mientras realizaban la labor matizada con algún mate con pan con grasa.

La mañana terminaba próxima al mediodía con un grato episodio: la compra de masitas para el postre en la confitería “Suiza” en San José e Ibicuy (hoy Héctor Gutiérrez Ruiz) o en la Confitería Pujol en Sarandí 528 frente a la Catedral, que mi padre -me contaba- iba de niño a comer restos de dulce de leche de los barriles de la confitería..., a fines del siglo XIX.

Por supuesto que precediendo a las masitas y luego de un fiambre casero o un “queso de chanco” venía la raviolada con tuco y estofado.

Además de la producción comercial relatada la veterinaria tenía un rubro de librería que fue un punto importante para mi padre. Llegó a fundar una editorial propia, “De Boni y Cia – Editores”, para la edición y venta de libros sobre temas veterinarios, ganaderos y afines.

Dentro de una extensa lista sólo recordaremos algunos de los cuales aún tienen vigencia dada la seriedad científica de los autores, que mi padre era muy riguroso en seleccionar: “*Zootecnia, genética, animalicultura y bromatología*” 1930, del ingeniero agrónomo Eduardo Facelli Villar; “*La industria avícola en el Uruguay*” del Ing. Agr. Eduardo Llonet, 1930; “*El examen biológico de la leche*” del Dr. Emilio Messner, 1930, libro que aún tiene actualidad; “*La quesería racionalizada*” del Ing. Agr. Juan Minut, 1934; “*Compendio de Agricultura y Ganadería*” del Ing. Agr. Jacobo de L’Harpe, 1934; “*Nuestros tambos*” del Ing. Agr. Juan Minut, 1937; “*La Huerta*” del Ing. Agr. Horacio Sánchez Rogé; “*Avicultura*” del Ing. Agr. Francisco Cassamagnaghi, 1940 y siguen muchos otros en general con temas vinculados a la agronomía.

Se editaban además boletines y folletos de divulgación del conocimiento veterinario, relatados y supervisados personalmente por mi padre, de interés para personas de campo, hacendados, cabañeros, agrónomos y veterinarios.

En la Biblioteca Nacional encontré en el archivo una ficha del autor Antonio De Boni con el título “*Preparaciones específicas recomendadas de uso veterinario*”, 1931, pero no pude encontrar el libro.

Tenía vínculo directo con la editorial y librería “El Ateneo” de Buenos Aires de la que poseían para la exposición y venta numerosos y selectos libros sobre temas veterinarios y agrónomos.

Recuerdo que en el año 1946 cuando yo iniciaba mis estudios en Facultad de Medicina mis libros los adquiría por intermedio de la veterinaria en “El Ateneo”, recalándome mi padre que la erogación en libros de estudio era una inversión necesaria y útil, que era preciso adquirir libros y formar una biblioteca; aún poseo un importante número de libros de estudio adquiridos en esos años.

De los múltiples veterinarios que trabajaron en la empresa recuerdo a mi hermana Blanca Esther, mi cuñado Dr. Gonzalo Jaunsolo Soto y mi hermano Carlos Aníbal que inició su labor antes de graduarse y que la continuó ininterrumpidamente hasta hoy en que dirige el establecimiento. Lo acompaña su hija veterinaria, Andrea De Boni Van Cleef que se encarga de la asistencia médico-quirúrgica de pequeños animales. Tuvo otra nieta también veterinaria, Dra. Carolina E. De Boni Jaunsolo que no trabajó en la empresa sino en el laboratorio “Miguel C. Rubino”. Es un deseo que la carga genética veterinaria continúe en alguno de sus 29 biznietos y 1 tataranieto.

Luego de 30 años de permanencia en 18 de Julio y después de independizarse de sus socios, en 1952 adquiere un local propio en la calle San José 1070 esquina Río Negro donde se traslada la veterinaria permaneciendo por 25 años.

Después de su fallecimiento los familiares trasladaron el comercio a la calle Yi 1173, hoy Carlos Quijano, donde está actualmente. Está dirigida por mi hermano Carlos, siendo actualmente un referente en el campo de la genética animal. La veterinaria prosigue actualmente como una empresa familiar que luce con orgullo sus blasones habiéndose adaptado sin dificultad y con éxito al mundo comercial actual.

En la medida que escribo estas líneas acuden en tropel a mi memoria episodios y recuerdos de mi infancia, en la década del 30, recuerdos vinculados a la Veterinaria y al trabajo de mi padre. Entre éstos uno de los rubros más recordados era **el trabajo en campaña**, labor dura y fuerte, a la intemperie en un clima como el de nuestro país, en una época en que los caminos y carreteras eran sólo de tierra o macadam, angostos, de una sola vía, precarios o decididamente malos, de difícil tráfico; con escasos y rudimentarios puentes, muchas balsas o a veces sólo caballos para vadear arroyos o ríos, entre otras incomodidades o dificultades.

Desde el inicio de un **viaje**, ya la llamada telefónica era una tarea agotadora que duraba a veces horas. Había que llamar a “larga distancia” a una telefonista u operadora que no siempre colaboraba con agrado, se cortaba la línea, se oía con dificultad, había que gritar, estar atento a la “demora” de horas, demoledora, para hablar, se cortaba nuevamente, había que acudir a la supervisora de línea y al final de la lucha se hacía un breve y dificultoso contacto con algún cliente en plena campaña, para que lo esperara al otro día, al salir el sol, invierno o verano, en Horqueta 5, Colonia, Palmitas, San Juan, etc. para trasladarlo en auto o carruaje a caballo o tractor al establecimiento.

¡Qué diferencia con la comunicación actual con celulares, e-mail, fax, con un pronóstico meteorológico acertado, con carreteras y puentes modernos y automotores de primera línea! Había que poseer -en aquellos tiempos- no sólo empuje, ímpetu sino salud y fortaleza física para llegar e iniciar el trabajo y tomar en la próxima jornada a media noche la temperatura rectal de todo el ganado para la tuberculinización.

Los viajes al interior eran por lo menos bisemanales y duraban unos dos días; los cercanos los hacía en su auto, pero luego los fue realizando en ómnibus de línea en aquella época en “Onda” o “Flecha de Oro”, hoy desaparecidos. Ómnibus sin calefacción ni baño, de asientos duros o rotos; pero, que lo venían a buscar a domicilio, en pleno Pocitos, a las 2 o 3 de la madrugada, dejaba el equipaje con material de trabajo en gruesas valijas de cuero duro en la “baca” del ómnibus y si llovía la cubrían con lona a veces impermeabilizada y otras no.

Tiempo después, llevaba siempre en sus viajes una radio portátil a pila, marca “Motorola”, de tamaño no muy reducido que aliviaba algo la penuria del viaje; creo que fue -si no el primero- uno de los pioneros de esa “modernidad”. Casi olvido decir que el principal motivo era no perder la transmisión desde el Estadio Centenario de los partidos que relataba Don Carlos Solé por CX 6, sobre todo si jugaba Nacional de quien era el “hincha” máximo, aunque perdiera...

Con el tiempo, ya en plena década del 50 las incomodidades en los viajes fueron mejorando, el ferrocarril mejoró, aparece el “motocar” moderno y rápido, mejoraron las carreteras que se asfaltaron o se hicieron de hormigón, se realizaron numerosos e importantes puentes en ríos y arroyos de todo el país. Aunque le era dificultoso delegar tareas comenzaron los veterinarios contratados a colaborar en estas funciones aliviando una labor intensa, cambiando su panorama laboral en la medida que se aproximaba y se iniciaba la década del 60, ya con edad avanzada para esas tareas y con importantes problemas de salud.

Me es difícil hacer un relato ordenado de todo lo que acude atropelladamente a mi memoria, de tanto tiempo atrás, aunado a la lectura de un vastísimo archivo polifacético, el relato de mis hermanos veterinarios, todo entrecortado entre el recuerdo personal, la subjetividad del mismo, las múltiples actividades realizadas, algunas desconocidas para mí, otras apenas conocidas y otras medidas con la vara del tiempo. Por eso me es más fácil dejar correr la pluma sobre los recuerdos que acuden sin mayor orden, que es también como lo hacemos en la vida, vivir en la medida que pasan los hechos, sin poder acomodarlos del todo o tratar de ponerle el freno que a veces deseáramos.

De éstas, un tanto deshilvanadas aunque nítidas impresiones, de mi memoria extraje algunas, sobre todo aquellas en que mi padre me llevaba a sus trabajos quizás con la idea o deseo de que con el tiempo su hijo niño se convirtiera en veterinario. La vida no lo quiso, pero por suerte se cumplió su deseo en dos de sus hijos y en dos nietas; también -aunque desde otras tiendas- pude cumplir en parte con sus deseos fervientes de apoyo a la labor docente y profesional.

También de su actividad recuerdo sus visitas a **distintas embajadas**, en especial la inglesa, en el Parque de los Aliados, con el conocido embajador E. Millington Drake, poseedor de un hermoso plantel de perros especiales, muy afable en el trato. Yo veía con miedo y asombro esa jauría numerosa y su deslumbrante palacio enjardinado.

En general mi padre tenía muy buena relación con su clientela lo que aparejaba un conjunto de nuevas amistades y relaciones que se multiplicaban en el correr del tiempo, que lo hacía feliz con el diálogo, charlas que mantenía con todos, siempre proclive a la chanza si había respuesta, aparte del cumplimiento que la seriedad de la labor profesional requería.

Otro recuerdo imborrable eran los **circos** que llegaban a Montevideo, con un grupo de animales en su mayoría salvajes amaestrados que todos los niños del mundo y de todas las épocas admiramos y disfrutamos. Fue el consultante obligado de todos los circos y por lo tanto ya sabíamos que al llegar uno teníamos un palco para los hermanos y familia. El primero, y el mejor que recuerdo, fue el “Circo Sarrasani” que tenía su inmensa carpa en el Parque Rodó donde hoy está el Teatro de Verano. Vinieron en el año 1935 con un grandioso espectáculo que aún lo recuerdo nítidamente. Su dueño Ilane Stosch Sarrasani lo consultaba e incluso desde Buenos Aires le hablaba y le escribía en alemán porque sabía que mi padre lo entendía. Lo interrogaba sobre ciertas enfermedades puntuales de sus animales salvajes; leí las cartas de contestación en

castellano que le enviaba mi padre al respecto ¡que se guardan en el archivo señalado, desde 1935!

Otro ejemplo curioso fue cuando un circo que acampaba en la calle Agraciada y Galicia consultó porque el elefante se negaba a pararse en una pata en las tarimas de madera sobre las cuales realizaba el conocido mantenimiento del equilibrio de todo su cuerpo. Se le diagnosticó absceso de la planta, se le escinde, drena abundante pus y hubo que vendarlo. Entonces mi padre envió a comprar una pieza entera de lienzo a la tienda “Introzzi” que quedaba enfrente y con todo el género, previa colocación de una pasta antiflogística, le envolvió la pata como si fuera con una venda. Se curó en pocos días luego del drenaje y fue el primer animal que recibió penicilina inyectable con dosis correspondientes indicada por mi padre.

Otra actividad era la de poseer un **stand** frente al Galpón de Bovinos en las Exposiciones Nacionales de Granja y Lechería en el Prado desde 1925, a la fecha. Después se le denominó Exposición Rural del Prado, en donde obtuvo numerosos premios y condecoraciones comerciales. Exponía para la venta artículos de avicultura, útiles para caninos, gatos y conejos, instrumental para lechería y animales de granja e incluso premios especiales para la colección de libros y revistas editados por la empresa. Se vacunaba contra el carbunco con la vacuna francesa “Pasteur” y contra la aftosa que era la enfermedad de mayor incidencia en la ganadería de la época.

Como fue durante muchos años la única veterinaria o la más conocida desfilaron los animalitos domésticos de las **personalidades más relevantes** de Montevideo: mi hermana veterinaria recuerda como clientes asiduos a las poetisas Juana de Ibarbourou, Susana Soca, el Dr. Juan José de Amézaga, César Batlle Pacheco, Eugenio Millington Drake, Wilson Ferreira Aldunate, Alfredo Zitarrosa, Dr. Enrique Pouey, Oscar Secco Ellauri, Dr. Raúl Rodríguez Barrios, Dr. Luis Alberto Lacalle, etc., etc., y yo a Héctor Castro, el manco Castro famoso campeón olímpico y mundial que mi padre charlaba amigablemente y siempre en relación con el fútbol. Imposible continuar con una abrumadora lista de celebridades que desfilaban diariamente en los consultorios de la veterinaria, conociendo o no el sentido que tenían los animalitos como depositarios de cariño. Muchos clientes confesaban sus secretos escondidos sobre el amor que le profesaban a estos animales y que los preferían -sin lugar a dudas- más que a muchos humanos...

Entre numerosísimas y jugosas **anécdotas de este submundo** recuerdo la de una clienta que llevó a curar de una “fatiga” a un ratón común que se había alojado en el cajón de su mesita de luz. Ella le había confeccionado una “cunita” con algodón en una cajita de cartón deslizable que traían las plumas Lincoln para escribir con tinta, que algún memorioso de mucho tiempo atrás recordará.

Otra cliente de aspecto especial y seguramente una personalidad patológica traía 2 o 3 veces por semana gatos para sacrificarlos. Luego se supo que los atrapaba en la calle... Serían incontables y siempre atractivas las anécdotas vividas por los técnicos y las conversaciones con los dueños de los animales, que además de aumentar la experiencia revelaban aspectos especiales y poco conocidos del alma humana.

Otro lugar de trabajo de mi padre adonde me llevaba frecuentemente era el **Lazareto del Ministerio de Ganadería** en la calle Gonzalo Ramírez y Cuareim y que en los años 30 lindaba con los hornos de incineración de la basura de Montevideo. Se atendía según demanda de los hacendados importadores de ganado vacuno de raza en general de Inglaterra y que por ley había que depositarlos en cuarentena en ese Lazareto antes de liberarlos a su labor específica de reproductores en el campo. Al lado del Lazareto estaba el **“Corralón Municipal”** donde se guardaban las mulas que tiraban de los carros de recolección de basura de Montevideo; los problemas sanitarios de estos animales los atendía mi padre.

Fue además consultante por décadas de la **Asociación Rural** y de la **Federación Rural** del Uruguay.

Actualmente próxima a cumplir sus 80 años de vida, la dirección de la veterinaria “De Boni” ha renovado y adaptado su función con la visión del siglo que empieza. Se asesoran estancias y cabañas enfocando el problema prioritario de la reproducción, la biotecnología de la misma, la inseminación artificial, el trasplante de embriones, estudios ecográficos especiales, banco de semen y funcionamiento activo.

En pequeños animales aumentó considerablemente la asistencia debido a la creación de un sistema mutual veterinario innovador, con régimen mixto, asistencial y profiláctico, a cargo de la Dra. Andrea De Boni. Se le asocian tratamientos de urgencia, cirugía y demás cuidados de higiene y peluquería.

Capítulo IX

Actividad científica

Esta actividad la realizó en los primeros años de su carrera universitaria. Posteriormente el intenso trabajo docente, asistencial y gremial ocuparon su vida disminuyendo la actividad estrictamente científica. En su archivo encontré un curriculum científico que nos ayudó en la búsqueda de esta parte de su actividad ya que fueron poco numerosos los trabajos publicados en revistas científicas y apartados especiales.

Uno de sus primeros trabajos lo hizo colaborando con el Prof. Dr. Kurt Wolffhügel, parasitólogo a quien le profesaba gran respeto y admiración. Como vimos anteriormente el Prof. Dr. F. Mañé Garzón realizó un excelente y completo libro sobre este sabio alemán.

Dentro de esta sección científica -pero que no corresponde a mi padre como autor- encontré un documento digno de citarse por la importancia de quien lo escribió, el Dr. Félix Dévé, parasitólogo francés que dedicó su vida científica a la equinococosis. Se trata de un apartado, un curriculum científico de 16 carillas, impreso en la imprenta J. Girieud, en Rouen, Francia, 1912, cuyo título es: "*Titres et travaux scientifiques*" du Dr. F. Dévé, de Rouen ancien interne des hôpitaux de Paris, Professeur à l'Ecole de Médecine, Médecin de L'Hospice General. Juin 1912. En la carátula, con excelente letra manuscrita con tinta, se lee: *A Monsieur Le Médecin Vétérinaire A. De Boni*, y firma *F. L. Aux Armées, 26 Août 1917*.

El apartado se desglosa en *Titres* que van: desde 1897 como *Interne des Hôpitaux de Paris*, a 1908 como *Professeur a Pathologie Medicale*, con capítulos dedicados a *I) Travaux concernant a L'Echinococose*, con 76 trabajos que van desde 1901 a 1912; en este mismo capítulo pero en hoja aparte adosada, con letra manuscrita similar a la de la carátula continúa con los títulos de los trabajos hechos por él que van desde el 77 al 107.

Luego un capítulo II con títulos de *Travaux Divers* que van desde 1895 a 1908 con trabajos de Medicina, Cirugía, Urología, patología hidática, etc. El Capítulo III con comunicaciones a las Sociedades de Medicina de Rouen y París, desde 1904 a 1912 con 71 trabajos. En el Capítulo IV, *Thésés Inspirées*, que son 10 en total, desde 1906 a 1912, de distintos médicos de Rouen y París.

En suma relata los títulos de 128 trabajos científicos, 70 comunicaciones y 10 Tesis inspiradas.

Ignoramos todo el trámite por el cual llegó este curriculum en 1917 a mi padre que era un veterinario de 24 años de edad, que vivía en un pequeño país alejado de Francia y dedicado por el famoso científico Dévé, principal estudioso de la equinococosis en el mundo científico.

A título de hipótesis creemos que en ese momento -como docente de veterinaria y colaborador del parasitólogo Wolffhügel- solicitó a Francia los datos que le fueron

enviados por el propio Dévé del modo relatado. Dada la jerarquía del científico francés consideramos oportuno relatarlo detalladamente.

Destacamos trabajos presentados por mi padre a la reunión “Nocard” de los cuales lamentablemente no hemos encontrado apartados ni fechas de los trabajos:

“Dermatitis necrótica (Flugge) en el hombre, infección de origen ovino”.

“Fístula congénica del cuello. Persistencia del canal tiro-gloso en un caballo, con presentación de la pieza”.

“Infección tuberculosa en un trozo de jamón de sandwich”

Otros trabajos al parecer publicados pero de los que nos fue imposible encontrar más datos:

“Bibliografía Veterinaria de América Latina” 1916. Drs. A. De Boni, K. Wolffhügel, Torres; presentado al 1er. Congreso Médico Nacional del Uruguay.

“Epitelioma del ojo en los bovinos” 1916. Dr. A. De Boni, K. Wolffhügel; en el 1er. Congreso Médico Nacional.

“Obstrucción del duodeno en un equino por cálculos y ruptura del estómago” 1917. Dr. A. De Boni; *Revista de Medicina Veterinaria*.

“Cálculos de la redcilla de un bovino” 1918. *Revista de Medicina Veterinaria*.

Un trabajo publicado del cual tenemos datos precisos y apartado de su publicación, y entusiastas comentarios de mi padre, por lo cual lo relataremos dado el valor de esta observación como veremos.

“Observaciones sobre los animales durante el eclipse solar de 1918”. Dr. Antonio De Boni, 1920. Apartado de la publicación de la Revista “Agros”, órgano oficial de la Asociación de Estudiantes de Agronomía, marzo-junio 1920. Nº 34-37, pág. 301-305.

En diciembre de 1918 se iba a producir un eclipse total de sol que se vería muy bien en Montevideo razón por la cual el director del Instituto Meteorológico del Uruguay Sr. R. Bazzano solicitó a mi padre, director del Servicio Veterinario del Zoológico Municipal de Montevideo, observara la actitud de los distintos animales durante el eclipse. Éste se hizo el 3 de diciembre de 1918 desde las 11 horas 15 minutos a.m. hasta las 11 horas 40 minutos a.m. Se observó la actitud y comportamiento de los animales desde antes del eclipse distribuyendo al personal idóneo del zoológico en 18 zonas apropiadas para la observación, con el objeto de notificar las modificaciones que notaran en sus costumbres. Se pudo observar que las vacas, equinos, caballos, poney y una llama que antes del eclipse estaban como siempre repartidos en el potrero, durante el mismo se juntaron en un rincón y se acostaron como en el anochecer. Luego que pasó el eclipse se distribuyeron rápidamente por todo el potrero como habitualmente. El mismo fenómeno se repitió con las 18 observaciones restantes con ciervos, hurones, peludos, lobos marinos, pécaris, ciervos, zebras. Sin embargo en otras jaulas de guanacos, cebús, bizontes, camellos y dromedarios no se pudo notar cambios conductuales de importancia, lo mismo que los leones, osos blancos, pumas, hienas, elefante y monos.

De interés fue la observación del canto de los gallos como lo hacen al anochecer así como el ruido que provocan los pájaros entre las hojas de los árboles, sobre todo el chingolo y palomas y el grito de la urraca, todos similares a los del crepúsculo y eran las 11 horas 25 minutos de la mañana.

Se constató el silencio por falta de ruidos y sonidos de ranas, sapos, grillos e insectos típicos del atardecer. Lo mismo se observó con los pavos reales que bajaron la cola como en el anochecer. Las gallinas subieron a sus travesaños horizontales de madera como para dormir y descendieron a los pocos minutos al pasar el eclipse un rato después. Lo mismo pasó en la gran jaula de distintas aves y pájaros que silenciaron sus cantos y actitudes, para retornar a su estado común una hora después. Se reiteró lo mismo en la jaula de los loros, papagayos que luego de estar comiendo en sus respectivos comederos antes del eclipse se retiraron a sus ramas y palos para dormir; las cotorras no gritaban actitud típica de ellas al entrar la noche.

Como resultado final de la observación de la conducta animal se concluyó que los cerdos y perros no modificaron sus actitudes habituales, las gallinas y aves de corral se dirigieron a dormir como al anochecer. Similares hallazgos hizo el Dr. Carlos A. Torres de la Llosa en el arroyo de Los Pocitos con insectos, moscas y abejas, y el Dr. J. Beretervide, director del Hospital de la Escuela de Veterinaria, comprobó que los equinos, bovinos y ovinos se juntaron todos bajo los árboles en el momento de máxima oscuridad.

Las conclusiones finales fueron que los animales más sensibles a los efectos del cambio de luz provocado por el eclipse fueron las aves. En los mamíferos se observaron cambios discretos en su actitud así como en los herbívoros, no en los carnívoros en donde no se apreció cambio alguno.

Para nosotros en el 2003 nos llama la atención la seriedad metodológica del trabajo en un veterinario de 25 años de edad y con un vasto personal idóneo bajo sus órdenes. Además, con cierto disgusto constaté la cantidad enorme de especies que había en el zoológico comparado con el estado actual como lo compruebo en las asiduas visitas que hago con mis nietos.

Otro trabajo publicado en la Revista de Medicina Veterinaria en abril de 1941 se tituló: *“Interesante caso de ingestión de cuerpos extraños. Frazada de lana ingerida por una boa pitón”*. En 1926 desapareció del serpentario una frazada nueva de lana que se usaba de abrigo de las serpientes. Entre estos ofidios se encontraba una boa pitón de 7 metros de largo, procedente de Singapur, que desde su llegada se resistió a ingerir el alimento habitual de conejos, cuises y palomas. Tiempo después desaparece la frazada, se le acusa de hurto al cuidador y se le sanciona pese a su negativa rotunda. A los 2 meses la boa expulsa por el ano la frazada, arrollada, de similar forma al cuerpo del ofidio, y que había permanecido un largo tiempo en el intestino. Se planteó que como el animal en libertad se alimenta de lanares y caprinos, le atrajo la textura y el olor de la lana nueva. El empleado fue resarcido y continuó en su trabajo habitual.

Si bien no encontramos otra documentación sobre su actividad científica, continuaba realizándola aún sin publicarla como consta en el archivo del Zoológico, con

valioso registro de autopsias. Es probable que su intensa actividad docente, privada y gremial le ocuparan el tiempo y dejara la investigación.

Como complemento de su actividad científica tuvo una actuación destacada en Argentina. Fue designado Miembro Corresponsal y Representante de la Sociedad de Medicina Veterinaria Argentina en el Uruguay.

En julio de 1939 el Decano de Veterinaria Dr. M. Carballo Pou le solicitó cumplir con la invitación oficial de la Academia de Agronomía y Veterinaria Argentinas para dictar una conferencia en Buenos Aires, que cumplió con éxito según numerosos artículos en la prensa argentina y uruguaya, destacando que: *“fue un conferenciante cautivante, acompañando su disertación con proyecciones luminosas”*, desplegó conocimiento profundo del tema de *“Enfermedades de animales en cautividad”* explicando su nosología, características de las mismas, valor del reconocimiento para un tratamiento efectivo; se destacó el alto significado científico del estudio, su originalidad y su relevante importancia práctica.

Relataremos un último episodio vinculado a su espíritu científico. El Dr. De Boni poseía 2 ampollas de vidrio cerradas al vacío con caldo de cultivo construídas en el “Instituto Pasteur” de París en 1885. Fueron traídas a Montevideo en la década del 20. Una de ellas se guarda aún en el archivo de la Veterinaria y la otra fue donada, en mayo de 1945, al “Laboratorio Pasteur” de la Escuela Francia de Montevideo, dirigida en ese tiempo por la maestra Sta. Amanda Cazet. En su visita al Uruguay en 1945 el Dr. Pasteur Vallery Radot avaló y certificó la autenticidad de las mismas por lo que se guardan como una reliquia.

Capítulo X

Actuación en la Sociedad de Medicina Veterinaria del Uruguay

Esta Sociedad fue fundada el 26 de abril de 1907 por once miembros, uruguayos y extranjeros principalmente argentinos. Entre sus socios honorarios figuraron profesores extranjeros y algunos uruguayos no veterinarios de relevancia notoria como el Dr. Eduardo Acevedo y el médico Dr. Atilio Narancio; también figuraba el francés Prof. H. Vallée. Los principales autores fueron Pablo Cariñana y Royo, Teodoro Bisaires González y Miguel Muñoz y Dana, según relato del Dr. Nelson Magallanes.

De Boni entró como socio activo de la Sociedad en 1915; en 1917 durante la presidencia de la Sociedad por el Prof. Dr. Kurt Wolffhügel, fue tesorero y secretario, datos que figuran en el “*Boletín informativo*” de dicha Sociedad el 28 de octubre de 1938.

Mi padre ejerció la presidencia de la Sociedad en los períodos de 1937 a 1939 y de 1940 a 1941 y que prolongó parcialmente hasta 1943.

Según sus consocios: “*su actividad fue múltiple, elevando dicha Sociedad a un nivel y prestigio no conocido en su historia. Su capacidad de trabajo, su laboriosidad y su ímpetu por elevar la profesión veterinaria en el Uruguay fueron los hechos más destacados de su fructífera actuación*”

Creó el día del veterinario el 10 de mayo según el relato que aparece en el Boletín de la sociedad N° 53 del 7 de mayo de 1944; pero posteriormente fue trasladado al 23 de noviembre que es el que rige actualmente.

Según allegados de esa época: “*desarrolló una actividad fructífera, arrolladora, de intensa acción gremial, favoreciendo la divulgación técnico-científica en todo el país, de gran utilidad para la profesión veterinaria y para la economía de un país fundamentalmente ganadero*”.

Durante sus largos años de presidencia ininterrumpida en más de dos períodos consecutivos utilizó diversos medios académicos y sociales para reunir y aunar a sus colegas, para incentivar a los reticentes o alejados de estas funciones e interesarlos en actividades colectivas, científicas, gremiales y sociales. Al decir del Dr. Nelson Magallanes ex-director del Laboratorio Rubino y admirador de la obra del Dr. De Boni en la Sociedad de Veterinaria: “*daba gozo y admiración verlo reunido junto a otros colegas debatiendo temas técnicos, disfrutando de la camaradería que tanto importa en los universitarios para el bien personal y común, aumentando sus ansias de integración en el caudal social de la Institución. Se le oyó comentar que deseoso escribiría una biografía*” del Dr. De Boni, pero nunca llegó a realizarla.

Revisó junto a otros técnicos universitarios, abogados, veterinarios e ingenieros agrónomos los estatutos originales de la Sociedad ya muy envejecidos y nunca renovados desde su creación en 1907. Logró modificarlos, actualizarlos a las necesidades del momento, otorgarle mayor impulso que logró ampliamente, siendo

reconocida esta actuación con el cambio en numerosas publicaciones que se realizaron a ese efecto guardándose en los archivos de la Sociedad y en sus boletines de divulgación.

Fomentó el acervo de la biblioteca de la Sociedad con adquisiciones de libros y revistas con temas apropiados a la veterinaria, mediante adquisición o donaciones personales de libros particulares y de su editorial "De Boni y Cia".

Entre los años 1918 y 1919 fue director de la *Revista de Medicina Veterinaria*, órgano oficial de la Sociedad de Medicina Veterinaria. Muchos años después y ya ejerciendo la presidencia funda el "*Boletín Informativo*" del cual fue además su redactor responsable durante años; el número 1 data del 15 de octubre de 1937.

En su archivo privado encontramos varios volúmenes encuadernados desde esa fecha hasta agosto de 1957, con 131 boletines publicados hasta 1946, es decir durante 20 años. Esta Colección de Boletines que están encuadernados nos facilitó la búsqueda de su actividad en esta Sociedad de Medicina Veterinaria.

El objetivo del Boletín era difundir entre colegas y público universitario la información que llegaba al país del extranjero, novedades, invenciones en relación a la veterinaria, adelantos científicos. Se publicaba el extracto meticuroso de las actas de las reuniones semanales, las distintas actividades desarrolladas, los eventos más importantes que se iban desarrollando en vinculación con la actividad veterinaria en el país, en donde ésta estaba en ese momento relegada casi a la nada, con poco conocimiento de los propios colegas de lo que realmente pasaba en un país ganadero.

Hacía redacciones prolijas, detallistas, claras, ágiles y prácticas que entusiasaban al lector, que rápidamente se asociaron a la Sociedad aumentando el caudal de socios como nunca había realizado ningún directorio.

Se escribían cartas, actas, discursos, relación de distintas actuaciones vinculadas a la profesión que nunca se habían divulgado y que mantenían a los colegas en un ostracismo pernicioso para el progreso global de la profesión.

Hizo publicar trabajos científicos de valor, de divulgación de conocimientos agropecuarios, algunos extensos que mantenían su salida espaciada en cada número del Boletín, manteniendo de ese modo el interés permanente. Mediante una campaña pro-socios bien planeada y con adecuada propaganda llegó a acumular 180 socios activos incluso algunos argentinos, cifra muy importante nunca alcanzada desde su fundación.

Redacción ágil y adecuada, disciplina y seriedad y rigurosidad informativa fueron los requisitos para mantener por tantos años un vínculo de unión entre los veterinarios del país. Me llamó la atención al leer la colección de los Boletines el respeto solemne por los colegas fallecidos, el recuerdo afectivo que se hacía a los deudos del que desaparecía, la publicación de fotografías, discursos, homenajes y no sólo de profesionales veterinarios sino de simples funcionarios de la Facultad, con una trayectoria especial vinculada a la vida estudiantil y de largos años de actuación.

Se registraba la visita de profesores extranjeros, entre ellos del veterinario Dr. Guido Finzi, especialista en tuberculosis bovina, el desarrollo completo de sus conferencias y resúmenes ágiles para una rápida información y aprendizaje.

Comentarios sobre distintos peritajes, tasaciones y todo lo referente a lo ganadero, desde una visión práctica pero igualmente científica, legal y de aplicación real.

Se publicaba para el conocimiento general los reglamentos de las reformas universitarias, de reorganización docente y actualización de los estudios veterinarios, llamados a concursos, becas, etc.

Las notas sobre la realización de Congresos Nacionales de Veterinaria, con resúmenes de los temas tratados, con el objeto de mantener al día a los desvinculados de la Universidad y mantener alto el nivel de conocimiento científico de los colegas.

Sería largo y tedioso resumir todas las actividades relatadas en los “*Boletines Informativos*”; sólo destacaremos algunos a título de ejemplo y como recuerdo de esa actividad tan productiva y útil de la Sociedad de Medicina Veterinaria:

Ciclo de conversaciones en el año 1939:

“*Profilaxis de la tuberculosis bovina*” por el veterinario argentino Dr. Newton.

“*Las plagas en agricultura*”.

“*Quimioterapia del carbunco y la aftosa*” con la exposición in extenso de cada tema.

Se describían las Actas de Congresos Internacionales de Medicina Veterinaria, como el de Zurich en 1938.

Se publicaban listas de libros nuevos, en general franceses, de temas veterinarios que se recibían en el Uruguay. También los sumarios de actividades y problemas gremiales, intentos de búsqueda de cooperación para mejorar el local social y la biblioteca.

Se exponían todos los balances de tesorería, al día y detallados. Se estudiaban los nuevos estatutos actualizados en 1940, con las distintas opiniones de cada participante.

Se publicó un tema científico en diez entregas, una en cada Boletín, desde octubre de 1940 en adelante sobre: “*Guerra química, tóxica y la misión del veterinario*” por el argentino Dr. Roger G. Espinet, exhaustivamente documentado, extenso, bien explicado, de actualidad en ese momento de la segunda guerra mundial en donde se preveía la posibilidad de ataques y bombardeos con agentes químicos tóxicos.

Se notificó una noticia agradable, se recibió de veterinaria la primer mujer uruguaya en 1941, la Dra. Aurora Barea González, que fallece prematuramente a los 33 años, llegando a ser docente de Fisiología en la Facultad de Veterinaria.

Continúan apareciendo numerosos acontecimientos vinculados al tema, que no relatamos, pero que ponen de manifiesto el trabajo efectuado y cómo se lograba mantener el interés por la evolución y el progreso veterinario del país.

En 1941 la Sociedad pasa a funcionar en la Agrupación Universitaria del Uruguay, de reciente creación, como veremos más adelante, en la calle Agraciada 1464, Pisos 13 y 14 (hoy Brig. General Juan Antonio Lavalleja) siendo ésta una conquista social de relevancia.

Luego de finalizada su segunda presidencia se le hacen diversos homenajes por su relevante gestión durante dos períodos y en mérito a su importante labor y porque logró el prestigio y engrandecimiento de la institución. Destacamos el homenaje de junio

de 1941 del cual pudimos recoger importante y profusa documentación que sólo relataremos en parte. Del discurso del Dr. Trajano Berninzoni transcribimos parte del discurso porque describe la personalidad del Dr. De Boni con fidelidad:

“El Dr. De Boni, ha hecho mucho e indirectamente ha obligado a hacer; él impuso la labor metódica y fructuosa, con el ejemplo de su predilección característica, que la es, la de aborrecer la quietud y éste su sino, lo ha llevado en forma paulatina a formar de nuestra entidad, un nuevo vástago de su espíritu selecto.

En estos casos, es difícil, sino imposible, divorciarse en forma brusca, en especial manera, cuando se comprende la necesidad de la acción personal y se comprueba que flota en el ambiente, un unánime deseo de no alejamiento.

Su voluntad, ha sido y es estímulo, con ella ha logrado vencer dificultades de todo orden y parece ser que aplicó con lógica frecuencia, aquella vieja máxima gaucha de que más vale rodear que rodar, es decir, que cuando no es posible apartar una gran piedra del camino, lo más acertado es rodearlo, aunque el camino nos resulte algo más extenso.

Tiene la filosofía del paisano, mezclada con no sé que escuela de ultramar, parece nacer de la conjunción de la simbólica rueda dentada, con las grandes ruedas de nuestras viejas carretas campesinas. Y así, de esta manera, su espíritu disciplinado en el trabajo que honra, logró contribuir a abrir un camino cierto y firme a nuestra profesión.

Su acción es límpida como el infinito sin nubes, pero no ha escapado, a la influencia de que nadie es profeta en su tierra, a la que está expuesto sin remedio, todo hombre que trabaja y lucha.

Jamás será posible encontrar rumbos mejores, si nos concretamos a seguir por las viejas huellas.

Por eso estamos reunidos, para decirle al buen colega y mejor amigo, que aplaudimos y aprobamos su obra, su obra encomiable, que no detallo en razón a que todos la conocemos y porque encierra capítulos diversos a cual de ellos mejores y provechosos, pero su acción magnífica e invulnerable, la es por cierto, la de haber sabido honrar dignamente a los que se fueron para siempre.

Esperamos que el Dr. De Boni se quede junto a nosotros, continuando en la presidencia de nuestra Sociedad, para que no pierda su acción quimiotáctica francamente positiva y concurra a atraer a nuestros colegas dispersos, al igual que la luz, atrae a las mariposas que ambulan por las tinieblas.

El seguir guiándonos, será la continuación de esta nueva era, más si su voluntad lo alejara, tal vez será predecir el fin de una época que esperamos venturosa para nuestra profesión.

Estas pocas palabras más, resultarán suficientes, si ellas son capaces de lograr lo que anhelamos, pero si el éxito no me acompañara, no dejaré de lamentarme lo suficiente, por haber aceptado el honor de ser intérprete de esta aspiración profesional”.

Luego de leer las adhesiones de diversos veterinarios uruguayos, argentinos y brasileños el Dr. De Boni agradeció la demostración y manifestó con su típico estilo que:

“...es cierto que hemos trabajado y mucho, con dedicación y afán por el engrandecimiento de nuestra Sociedad: casi un centenar de sesiones en 4 años realizadas por la Comisión Directiva son índice elocuente de parte de la labor realizada. Nos agradó oír ciertos comentarios de los asociados donde manifestaban que la Sociedad ha revivido, que se ha hecho una gran obra con innumerables reuniones, asambleas, ciclos de conversaciones, recepciones, creación de un Boletín informativo, reactivación de la revista oficial de la Sociedad, alcanzar los 180 asociados, algunos de Argentina y Brasil hecho muy poco común en nuestro medio universitario. Destaco la eficiente labor de la Comisión Directiva, la labor de entidades vinculadas a la Sociedad como la Facultad de Veterinaria y la Dirección de Ganadería. Es el deseo que de esta fiesta de confraternidad gremial y de viva simpatía hacia la Sociedad, que se marque una nueva etapa promisorias de grandes progresos para la misma en todos los órdenes de su acción y especialmente en la confraternidad gremial, tratando de unir bajo su égida a todos los veterinarios del país para el mejor desempeño de la función veterinaria”.

Se le obsequió un pergamino que mi familia guarda y cuya leyenda dice:

Al Dr. Antonio De Boni, que en los períodos 1937-1939; 1939-1941 ejerció en forma brillante la presidencia de la Sociedad de Medicina Veterinaria del Uruguay, poniendo en su obra todo el dinamismo de su espíritu; todo su infatigable celo y entusiasmo, todo su amor evidenciado en inteligente acción en favor de las causas nobles que tienden al perfeccionamiento moral y social de la profesión veterinaria traducido en iniciativas y realizaciones, que lo hacen acreedor al unánime homenaje de afecto y simpatía que como acto de estricta justicia le rinden sus colegas.

Montevideo, Junio de 1941.

El 16 de diciembre de 1943 se le tributa otro homenaje para denominarlo Socio Honorario de la Sociedad de Medicina Veterinaria, siendo el primer socio honorario uruguayo en la historia de la Sociedad.

Se le designa como reconocimiento a sus méritos, esfuerzos, y virtudes puestas desinteresadamente al servicio de la Institución y de sus colegas.

Fue un nombramiento que lo llenó de orgullo y satisfacción por la labor realizada y por el reconocimiento de la misma por sus colegas veterinarios.

Capítulo XI

Actuación en la Agrupación Universitaria del Uruguay

La Agrupación Universitaria del Uruguay fue fundada el 17 de junio de 1941 por una idea del médico cirujano Prof. Dr. Carlos Stajano. Esa idea se plasmó con la colaboración y participación de distintos centros universitarios, colegios, asociaciones tales como la de contadores, peritos mercantiles, ingenieros agrónomos, químicos farmacéuticos, odontólogos, abogados, arquitectos, la Sociedad de Medicina Veterinaria, Club Médico del Uruguay, etc.

El Dr. De Boni era presidente en ejercicio de la Sociedad de Medicina Veterinaria y fue cofundador de la Agrupación, perteneciendo al primer Gobierno de dicha entidad.

En el libro de Actas de la Agrupación cuya sede está actualmente en Pocitos, calle Pedro F. Berro 1070, consta su actuación desde 1941 hasta 1947. Según expresión del Dr. C. Stajano *“el Dr. A. De Boni fue uno de los pioneros de mayor relieve, puntal fundamental para el trabajo que significó la creación de la Agrupación y sus realizaciones posteriores”*.

El primer local donde funcionó en su inicio fue en la calle Agraciada 1464, Pisos 12 y 13, hoy Avenida Libertador General Lavalleja.

Por iniciativa del Dr. Carlos Stajano presidente del Círculo Médico se creó la Agrupación Universitaria quien la calificó como:

“una misión de buena voluntad para tratar de vincular a los profesionales universitarios del país para confraternizar, acostumbrarlos a vivir en común con el alto significado que tiene la convivencia espiritual, tratar de resolver en común problemas comunes, aprender a crear un espíritu de solidaridad por encima de la parcelación que la creciente complejidad de la vida imprime cada vez más a sus actividades, crear un sentido universitario de responsabilidad que, por el contenido que desempeña y la misión a que está llamada a ejecutar, tiene al profesional entre nosotros, de su decisiva importancia que puede adquirir en el ambiente nacional la opinión y la acción de los profesionales universitarios unidos. Creemos significa una solución desinteresada y cordial, afectiva, entre universitarios que se han dejado de verse y tratar por años.

Nuestra Universidad forma técnicos pero está omisa en la formación integral de hombres, en la parte humanística que es lo que la Agrupación Universitaria pretende realizar.

Otro mal a corregir es que el profesional egoísta, “avaro” en su vivir puede integrarse a la vida comunitaria. Se trata de unir a los profesionales en una conciencia de clase en el buen sentido del término”.

La idea creadora fue del Dr. C. Stajano, no existiendo hasta esa fecha similares en el mundo.

Se pensaba que cada Sociedad Universitaria funcionaría con autonomía propia y el Consejo Directivo de la Sociedad administraría el local, su funcionamiento y la coordinación de lo que fuera necesario hacer para beneficio de todos.

Se trataría de una comunidad de profesionales que prolongaría la Universidad y la Facultad de Humanidades para beneficio de los profesionales y el país.

Mi padre trabajó intensamente como cofundador y con un ímpetu arrollador consiguió todo lo necesario para su creación y funcionamiento, de tal modo que -espontáneamente sus colegas del Directorio- le tributaron en 1942 un merecido y cálido homenaje en el cual el Dr. Stajano expresó:

“el Dr. A. De Boni fue el hombre que le dio vida e inyectó ánimo a la agrupación, con mucha dosis de optimismo, con empuje contagioso que atesora este “gordo Don Antonio”, que irradia bondad en su mirada, en sus gestos, en su alegría constante, hasta en su apetito, revelador de sus propósitos generosos que se traslucen en todas sus actitudes, elocuentes de una salud moral. Entrego mi espíritu en pleno al hombre que califico como símbolo del dinamismo bienhechor, de realizador invariable e infatigable, motorizado por su espíritu angelical (de “angelito gordo”) que le permite usar una sonrisa -yo diría infantil- como llave maestra y milagrosa en su andar por la vida”.

En octubre de 1956, a los 15 años de la fundación de la Agrupación Universitaria del Uruguay se le hace entrega de un pergamino-diploma al cofundador Dr. Antonio De Boni *“como afirmación de la superioridad de los valores del espíritu enalteciendo el sentido de responsabilidad de los profesionales universitarios y propiciando la camaradería entre los colegas de todas las profesiones”.*

Capítulo XII

Otras actividades. Su personalidad

La vida y actividades de mi padre fueron polifacéticas. Por eso intento ahora agregar a sus actividades profesionales ya relatadas y vinculadas directamente a su profesión, otros aspectos habituales de la vida de un hombre, referente a lo social, familiar, sus gustos y predilecciones, su carácter.

En general cuando una persona se muere se recuerdan principalmente los aspectos positivos. Pero, creo que los humanos tenemos aunados un conglomerado de virtudes, defectos y características que se intrincan, que son producto de un temperamento y carácter modelados por el entorno. Es claro que en este caso, además de lo difícil y azaroso que resulta aventurar interpretaciones -que fuera de un contexto son agresiones- tengo la seguridad que surgen de mis recuerdos relatos autobiográficos, que por otra parte van intrínsecamente ligados al objetivo de esta redacción. Visión que nunca podrá ser objetiva, de ahí la dificultad de transmitir vivencias exactas, porque entre ellas van entrelazadas realidades, recuerdos, interpretaciones, afectos correspondidos o no, logros y frustraciones de la vida. Como dice Gabriel García Márquez *“la vida no es la que uno vivió, sino lo que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”*.

Y parafrasenado a Mauricio Maeterlinck: *“nada nos sucede que no sea de la misma naturaleza que la nuestra. Toda aventura se nos aparece bajo la forma de nuestros pensamientos habituales, y ninguna oportunidad creativa se le ha ofrecido jamás a quien no haya sido desde siempre un héroe silencioso y oscuro. En los caminos del azar sólo nos encontramos con nosotros mismos. Todo espera una señal interior”*.

Dejemos por el momento otras interpretaciones para relatar hechos que son lo que más importa en estos momentos del recuerdo. Y entre éstos, uno de los más intensos, fue su inmensa pasión, irracional, avasallante por el **fútbol**, y más aún que por éste, fue por su cuadro: el Club Nacional de Fútbol...

De jovencito, a los 16 años, jugaba al fútbol en el Club Atlético Montevideo. Luego fue partidario y jugador del “Oriental Pocitos” conocido club del “Pueblo de los Pocitos”, de comienzos del siglo XX, cuyo campo de juego ocupaba el predio que hoy corresponde a la zona rodeada por las calles Lorenzo Pérez, Echevarriarza, Osorio y 26 de Marzo, al este del arroyo Pocitos que pasaba entre Pagola y Buxareo desembocando en la playa. Aun guardamos como recuerdo una tarjeta de socio activo del Club, con el N° 15, del año 1912 próximo a su fundación. En ese club jugaron los que posteriormente fueron jugadores de primera división como el “gordo” Deagustini, A. Nogués, así como los que posteriormente fueron distinguidos médicos, Francisco Nicola Reyes y Raúl Piaggio Blanco.

Entre sus proezas “fuboleras” de esa época nos relataba en familia que aún jugando atrás, de back, ejecutaba los corners y solía hacer goles por un trayecto en arco de la pelota, muy original, que entraba al arco casi misteriosamente... ¿sería verdad?;

pero, lo que es verdad es que quedó en mi imaginario infantil hasta hoy... como un hecho inaudito.

Pero su verdadera e irrefrenable pasión y quizás también desahogo de sus tensiones era ir al Estadio Centenerio a ver a Nacional. Era un auténtico “hincha”, enemigo jurado de Peñarol. Solíamos decirle que él prefería que perdiera Peñarol a que ganara Nacional... Igual sucedía en los partidos internacionales en los cuales su mayor interés era que los goles uruguayos los hicieran los jugadores de Nacional, sin importarle -según nosotros- tanto el resultado final del encuentro.

Mi hermano Carlos, también nacionalófilo, atesora un libro sobre las “*Bodas de Plata de Nacional (1899 – 1924)*”, una Historia del Club Nacional de Fútbol, que mi padre adquirió en 1924 cuando se publicó. De esta especie de reliquia histórica rescatamos varios manuscritos y leyendas de su puño y letra. Van algunos ejemplos: en 1905, a los 12 años de edad asiste al “*primer partido de fútbol en donde ví jugar a Nacional, en el campo de fútbol de la calle Agraciada y 19 de Abril frente a la legación Argentina*”. En este partido Nacional derrotó a Wanderers por 5 a 3. En la página 31 del citado libro se aprecia una fotografía del público entre el cual se señala (con una flecha de tinta) a un niño de 14 años, era en 1907, de boina, que era él. Por delante de este público reseñado, posa el equipo de Nacional, en algún estadio precario del momento.

En otra página, una fotografía de 1919 ya con 26 años, con el típico rancho de paja claro entre el público, en un partido entre Nacional y Peñarol por un trofeo con el nombre de “Baltasar Brum”, presidente de la República que aparece entregando la copa de plata al capitán de Nacional, que había triunfado sobre Peñarol en esa oportunidad.

Años después, en 1943, fue miembro vocal del Comité Ejecutivo de la Comisión que realizara una colecta para obsequiar con una casa al famoso jugador argentino, centro-forward de Nacional, Atilio García, luego que se cumpliera el “lustró glorioso” de los años 1939 al 1943 en que Nacional salió campeón ininterrumpidamente. Aún recuerdo el entusiasmo que desplegaba en la venta de bonos que valían \$ 1 cada uno y que aún guardamos un original como recuerdo y reliquia; llegó a vender once libretas enteras de bonos, como lo certifica un documento que aún se guarda en el archivo familiar.

Los sábados y domingos de tarde eran “sagrados”; concurría siempre al Estadio Centenario luego del clásico almuerzo, una raviolada con tuco y estofado, rociada de vino tinto embotellado en casa. Esa pasión del fútbol duró muchos años; tiempo después tuve oportunidad de asistir -yo como médico- a otro famoso delantero albo, Aníbal Ciocca que me dijo textualmente ante una pregunta mía: “*Su padre era un hinchún bárbaro*”... (sic).

Después dejó de ir al Estadio y sólo los oía por radio y los comentaba pero con mucho menor brío y entusiasmo, con mi hermano, mi cuñado y otros familiares por supuesto todos nacionalófilos.

Como era habitual en aquella época se iba a ver jugar fútbol pero se hacía muy poco deporte o gimnasia personal. Se trataba de una pasión placentera mezclada con descarga de tensiones, lo que hoy llamaríamos un alivio momentáneo del estrés, con la satisfacción de prolongar con comentarios durante toda la semana, personales,

periodísticos y radiales igual que actualmente, aunque no existía la televisión que lógicamente contribuye a un mayor deleite visual.

Descartando este “descanso” o descarga emocional, nunca se tomó ni un solo día de vacaciones en sus casi sesenta años de trabajo.

La vida ha cambiado y se ha extendido la costumbre de tomar vacaciones anuales con la familia, tan útil en lo personal y en el entorno familiar.

Entre otras actividades de su “menú” laboral contaba con sesiones semanales en el **Rotary Club** del cual era asociado y fue secretario en los años 1936 al 1939. Allí se destacaba por su camaradería y su entrega festiva a la chanza.

Fue director de la sección gastronómica y los almuerzos se realizaban en el Parque Hotel; degustador incansable, organizaba los menú o platos especiales con los vinos correspondiente en las comidas rotarias. Se carteaba con el Dr. Paul Harris presidente del Rotary Internacional que residía en Chicago y que solía pasar esporádicamente por Montevideo. En esas reuniones sociales mantenía y hacía nuevas relaciones que lo tenían vinculado con distintos profesionales y amigos que aumentaban el caudal de vida social que era uno de los móviles de su vida.

Otra actividad que lo regocijaba plenamente y que le traía un bienestar espiritual pleno era su contribución voluntaria y honoraria a la **Escuela Agrícola Jackson**, en el kilómetro 17 del Camino Maldonado, en el Manga. Se trataba de una de las primeras escuelas agrícolas del país, fundada por padres salesianos de la Obra Don Bosco, en la cual se graduaron muy reconocidos enólogos, bodegueros y técnicos agrarios de renombre. Incluso el director del establecimiento R. P. Pedro Peruzzo lo casó con mi madre en una ceremonia en la cual ejerció de “monaguillo” Benito Conte-Grand que años después sería un importante padre salesiano y amigos inseparables en los últimos años de sus vidas. Conoció por primera vez el establecimiento en 1920 llevado por el R. P. Facelli y pasó inmediatamente a ser “Profesor honorario de Veterinaria Práctica”, dictando clases semanales sobre distintos animales del establecimiento: equinos, vacunos, porcinos y aves cumpliendo además labor asistencial cuando se requería. Además de estas funciones propias de su profesión y de su pasión docente hizo amigos; sus cinco hijos fueron bautizados en la iglesia de la Escuela y matuvo durante su vida -y más en los últimos años- un vínculo muy estrecho con los sacerdotes citados y los R. P. Sebastián Barreto, Sixto Pagani, F. Romano, etc., alguno de los cuales fueron los sacerdotes en la boda de algunos de sus hijos.

Recuerdo con mucho agrado las visitas siendo niño a esa Escuela con mi padre, los cuentos y anécdotas, que aún recordamos y algunas fotografías del album familiar que registran a mi padre dictando sus clases al aire libre al alumnado de la escuela, como a los estudiantes de Facultad de Veterinaria y Agronomía a quienes llevaba para aprovechar el material disponible y para las clásicas fiestas de fin de cursos en el típico asado y guitarreada.

Me tocó a mí continuar esa amistad -muchos años después- y llegué a asistir como médico a varios sacerdotes, ya ancianos en los Talleres de Don Bosco donde tenían su morada en los últimos años de sus vidas.

Mi padre fue un puntal de esa actividad docente de la Escuela, generadora de jóvenes de distintos recursos, algunos sin ellos, que hacían su preparación para un país agropecuario que, paradójicamente, no ofrecía en forma oficial en esa época educación técnica agraria y agropecuaria.

Mucha documentación de esta actividad la encontramos minuciosamente registrada en cartas y documentos en el archivo de los “Copiadores” de la Veterinaria, por lo que comprobé que mantenía una constante y permanente relación profesional, social y afectiva con la dirección de la Escuela Agrícola. Lamentablemente esta escuela desapareció hace poco tiempo. El magnífico predio adquirido por la Zona Franca de Montevideo para otros fines. Ya no se graduarán allí los forjadores del trabajo agropecuario del país.

Un aspecto personal a destacar según relatos de amigos, clientes y veterinarios que trabajaron con él como el Dr. Marx Cagnoli y mi cuñado Dr. Gonzalo Jaunsolo, que hablaba muy poco o nada fuera del tema laboral. Su placer y su necesidad era “trabajar, trabajar y trabajar...” como lo vi escrito en cartas que le enviaba a estancieros clientes y amigos. No era proclive al diálogo sobre temas sociales, políticos o culturales; tenía rechazo al pensamiento abstracto, emitiendo en general sólo opiniones breves y concisas, esporádicas, sin prestar atención a las respuestas, en general acertadas, sobre actitudes, personas, problemas específicos de su profesión y... una pasión descontrolada, vehemente para opinar y disfrutar siempre a favor de su club “Nacional”; es claro que lo dice un peñarolense...

Fue muy proclive a la chanza, a la típica broma, dichos festivos, con un dejo ocasional de burla.

El **personal a su cargo** lo estimaba y lo quería porque siempre los respetaba en su labor aún cuando los reprimía o censuraba por pequeños incumplimientos, enseñándolos y corrigiendo su labor en forma amable, no agresiva. Algunos de sus empleados aprendieron con él no sólo a “curar” animales sino que llegaron a realizar pequeñas intervenciones, labor que la siguieron realizando en el período de sus jubilaciones, en barrios apartados de Montevideo, a dueños de pequeños animales de pocos medios económicos.

Recuerdo bien porque me llevaba con él de niño a las visitas que realizaba a los domicilios de sus empleados tanto a los de su empresa como a los del Zoológico, a los que solía encargarles otros trabajos o "changas" que los ayudaba económicamente, teniendo el reconocimiento de ellos por su trato cordial, afectivo y familiar.

Relatemos otro aspecto de su vida personal: cuando se quedaba en casa los fines de semana muchas veces los dedicaba a **cocinar** con el regocijo de todos, por tenerlo con nosotros y por las “comidas ricas” que hacía. Elaboraba junto a mi madre ravioles “caseros” o tallarines; la faena se iniciaba el sábado después de la siesta para el almuerzo del domingo; se dejaba “orear” o secar la pasta frente a la ventana del “comedor viejo”.

Luego de la raviolada con tuco y el estofado de los domingos en el almuerzo puntual de las doce horas, al que no faltaba algún primo-hermano que vivían muy cerca de casa, en el “barrio”, iba al fútbol al principio conmigo que era su primer hijo varón, pero... ¡le salió peñarolense!, con disgusto manifiesto. Años después disfrutó sus idas al

Estadio con mi hermano también gran “bolso”, que aún recuerda con inmenso placer la felicidad de ir al estadio a gritar por los tricolores y que ahora lo repite con sus nietos...!

Así como las antiguas casas de clase media de Pocitos de principios del siglo XX tenían como vimos un “comedor viejo”, poseían también su “comedor nuevo” pero que sólo se usaba en eventos muy ocasionales. Solían tener también un “fondo” que así se denominaba al espacio de terreno detrás de la casa; en la nuestra había numerosos árboles frutales y de ornato, caminitos de piedra o de baldosas y el típico e infaltable gallinero.

Bajo un gran paraíso había un espacio de tierra para hacer fuego (se usaban muy poco los parrilleros actuales) en donde mi padre hacía sus asados y alguna paella sofisticada, con la olla paellera inmensa, de reborde o parte lateral baja y una pala larga de madera para revolver el arroz, los mariscos, pollo y cerdo. Le salía muy bien y aún lo recuerdo entre bromas y comentarios con los primos, amigos de “barrio”, que participaban en el trabajo y con algún plato, la fiesta dominguera.

Los niños estábamos de fiesta cuando se le ocurría hacer helados, en general de crema o chocolate en sorbetera cilíndrica, o en máquinas de manija, con paletas batidoras interiores como las comerciales actuales, pero a mano rigurosa, con hielo picado y sal para impedir que aquél se derritiera, que todos saboreábamos con placer y alegría infantiles. Mi madre solía comentar con sorna y alegría disfrazada que cuando mi padre cocinaba todo quedaba “no muy limpio”. Pero igual todos disfrutábamos de sus “chicken pie”, la “bouillabaise” o sopa de pescado y otros sofisticados platos, siempre deliciosos. Su artesanía culinaria incluía la fabricación casera de chorizos, morcillas y otros chacinados y elaboración de vineta “chinchibirra” con pasto “El Ciervo”, etc.

Los domingos después de un succulento almuerzo acostumbraba a fumar un habano antes de ir al Estadio a disfrutar de su “Nacional” si ganaba y a “entromparse” con seriedad en caso contrario.

No fue un activista **político** pero tuvo sus preferencias por el partido blanco, se inclinaba por los blancos independientes pero -paradojalmente- al mismo tiempo era un admirador de Don Luis Alberto de Herrera. Dado su carácter un tanto arbitrario tenía dificultad en hallar matices; era enemigo acérrimo del partido colorado y en especial de Don José Batlle y Ordóñez, sin explicar bien los motivos. No obstante este político era cliente e iba mi padre a la quinta a atender a sus animales. Fue un ferviente anticomunista; ahora supongo, aún a tanta distancia del recuerdo, que le era dificultoso coordinar y expresar un pensamiento ideológico, dejando actuar más a su temperamento apasionado más que reflexivo, en estos aspectos de la vida socio-política.

Otro hecho que me llama la atención ahora, no en aquellos tiempos en que yo era un niño, que jamás lo oí hablar o comentar -pese a conocer bien el campo uruguayo y al hombre de campo- sobre problemas agropecuarios en relación a posibles soluciones político-económicas, a la ya archiconocida reforma agraria, a los problemas del Instituto de Colonización, etc. Eran hechos que incidían en la marcha global del país, que a todos nos tocaban y a algunos preocupaban. Creo que, o no le interesaban o tenía cierta reticencia a emitir opiniones por temor a críticas y a posibles discusiones que empañaran su pensamiento.

Su preocupación y su necesidad era el trabajo, en general directo, como el del inicio de su labor profesional, el trato directo con el hacendado y su ganado enfermo, tratar problemas estrictamente profesionales curativos o profilácticos, el accionar médico-quirúrgico en el medio del campo.

Creo actualmente -sólo a título de hipótesis- que era de una ideología conservadora, con rasgos reaccionarios no sólo en cuestiones socio-políticas sino también en las concepciones de la vida. Reaccionario como opuesto a aceptar las innovaciones sociales. Tenía gran dificultad en adaptarse a los cambios de las costumbres de vida y de la sociedad, de tal forma que incluso aparecía esta actitud -con ironía y humor- en los cantos versificados que le hacían los hijos y nietos en las tradicionales reuniones familiares, en festejos, cumpleaños y agasajos.

No entraba en su modalidad de ser y nada le era más dificultoso y complicado que intentar interpretar ciertos hechos -de cualquier motivo- pero aún no solucionados. Quizás pueda entenderse por una modalidad de carácter, especial, en la cual prefería actuar en lo que sabía y dominaba. Dejaba de lado lo que era susceptible de opiniones dispares o de diálogo constructivo; tenía dificultad en tolerar las discrepancias con su pensamiento y, frente a la imposibilidad de manejar una situación, reaccionaba con dificultad o no reaccionaba, rasgos sutiles del carácter autoritario.

Paralelamente era muy sensible a los hechos trágicos de la vida, vinculados a enfermedades o a muerte de amigos o allegados, o a eventos de conmoción como guerras o cataclismos.

En el “debe” de su actividad y en nuestro recuerdo nos queda como un hecho sugestivo su negativa permanente y rotunda a disfrutar de alguna actividad cultural extraprofesional: nunca iba a un espectáculo de cine o de teatro, o a un concierto. Nunca lo vi leyendo un libro cultural, hacer un viaje de paseo o descanso, nunca viajó ni fue a Europa, sólo conoció Buenos Aires, en ocupaciones laborales.

Sin embargo recuerdo su interés en la adquisición de libros para nuestro estudio; nos llevaba de niños a distintos museos y no se oponía a distintas manifestaciones culturales que realizábamos en la adolescencia.

Tuvo cierta actividad con la organización de las **“Colaboradoras de la Medicina Veterinaria en el Uruguay”**, asociación sin fines de lucro, fundada en julio de 1950 con el objeto de que esposas, hijas y madres de veterinarios cooperaran con la ayuda en toda actividad veterinaria en el país. Esta Asociación está aún en plena vigencia. Su hija, mi hermana Blanca, veterinaria, fue secretaria en el período 1953 a 1955. Colaboró en obtener becas para estudiantes del interior, acción social de las profesionales, manejo y otorgamiento de becas y mantención de toda clase de ayuda gremial, social y familiar para fomento de la actividad profesional.

Es posible que la memoria no me ayude a recordar otros aspectos, pero creo que los principales y los que más intensamente dejaron en mí su huella están relatados.

Capítulo XIII

Epílogo

En 1964, a los 71 años de edad, mi padre cumplió sus bodas de oro profesionales. Fueron en esa fecha los últimos homenajes que le brindaron los veterinarios, agrónomos, familiares, amigos y distintas instituciones. El Ministerio de Ganadería y Agricultura le obsequió una medalla de oro, recordatoria, que aún guardamos.

La Cámara de Senadores lo homenajeó especialmente y le prodigaron elogios por su trayectoria y triunfos profesionales. En la sesión ordinaria del 2 de setiembre de 1964, bajo la presidencia del Senador Dr. Martín R. Echegoyen, tomaron la palabra los senadores Venancio Flores, Juan María Bordaberry, J. Carrere Sapriza, H. Paysée Reyes y E. Fabini. Con cálidos elogios destacaron la contribución que realizó el Dr. Antonio De Boni al progreso nacional. Se hizo un resumen de su larga trayectoria como destacado profesional en distintos ámbitos: Universidad, Zoológico Municipal, actividad comercial, etc. Se insistió en destacar su asesoramiento permanente al campo uruguayo, a las principales estancias y cabañas del país durante muchos años: *“con su ciencia y sencillez habitual, su bonomía, fue el primer consejero zootécnico del país. Contribuyó al progreso de la actividad madre del Uruguay”*.

Se le distinguió por: *“su saber científico y por su capacidad y ritmo de trabajo por el cual era muy difícil acompañarlo y seguirlo en su labor de campo”*. Se destacó también que: *“el distinguidísimo técnico tuvo enorme influencia en la formación universitaria de la juventud veterinaria del país durante un largo lapso. Sus discípulos son hoy destacados profesores y técnicos egresados de Facultad, habiendo sido por lo tanto un verdadero baluarte del conocimiento específico tan valioso para un país agropecuario como el nuestro”*.

Días después la prensa de Montevideo e interior hicieron detallada mención de todo el comentario del Senado de la República explicitando que todos los conceptos antedichos fueron compartidos por unanimidad por el Senado de la República.

Los últimos años de su vida fueron difíciles para él. Primero, a los 66 años y en plena actividad lo sorprende un infarto de miocardio que si bien fue de poca entidad lo preocupó mucho, por la visión pronóstica que seguramente pensaba ante esta enfermedad a la que respetaba y temía.

Revisando el archivo de cartas personales encontré una que no envió, dirigida a su cardiólogo y gran amigo mío, el Profesor Dr. Orestes Fiandra, sin fecha, manuscrita, en realidad un borrador. En ella lo saludaba con gran afecto, reconocía el temor por su corazón y la reticencia para consultarlo pese a que pasaba diariamente por el consultorio de la calle San José del cardiólogo, a escasos metros de la Veterinaria “De Boni”.

Creo que no estaba preparado para el cambio de vida que se le aproximaba, no sólo por su enfermedad, sino también por su edad ya avanzada para el tipo de trabajo que deseaba hacer y no podía realizar.

De una actividad muy dura e intensa que ya había disminuído al retirarse de Agronomía, del Zoológico, de la actividad gremial y profesional, pasó a realizar sólo pequeñas tareas de consultas técnicas y administrativas de poco relieve. Comenzaba a tener dificultades resolutorias para enfrentar, definir y solucionar los problemas de la empresa. La gerencia lo sustituía sin su comando que era imprescindible. Dejó de ejercer la labor veterinaria; lo sustituyeron mi hermana Blanca en el consultorio, mi cuñado Dr. Gonzalo Jaunsolo y mi hermano Carlos en las tareas de campo.

A los 68 años hace una oclusión intestinal por un cáncer de intestino por lo que fue intervenido. Tuvo lamentablemente complicaciones graves locales y sobre todo encefálicas, de las que nunca se restableció. Inicia una encefalopatía mixta con moderado déficit por lo que debe abandonar definitivamente el trabajo. Queda recluido en su casa, sin actividad que le satisficiera. Fue asistiendo a un decaimiento paulatino y fallece unos años después de un fallo cardíaco en 1971, a los 78 años de edad y a 7 meses de la fecha en que cumpliría sus bodas de oro matrimoniales. Sus restos descansan en el Cementerio del Buceo, en el panteón N° 659, junto a los de mi madre.

No tuvo una vejez feliz pese a estar rodeado de mi madre, todos sus hijos, yernos y 13 nietos. Mi madre lo sobrevivirá 5 años.

Nadie escapa a esa ley de la vida. Treinta años después de su muerte, y por móviles difíciles de explicar, surge en mí realizar esta enumeración de los hechos que creo fueron los más importantes de su vida.

He procurado decir la verdad o mi verdad, o lo que recuerdo, quizás no todo lo que haya vivido porque hay cosas en que el olvido voluntario o no, nos cercena episodios de la vida. Temo también no ser justo en apreciaciones y no está en mi interés desentrañar características de difícil interpretación.

En realidad los humanos somos de personalidad compleja, en donde se aúnan e intrincan sentimientos a veces encontrados u opuestos y que corren por el mismo derrotero, permanentemente juntos o amalgamados.

Siempre que se habla o se estudia o escribe sobre alguien que falleció se embellecen sus virtudes y se omiten o retacean sus defectos. Nos olvidamos, voluntariamente o no que en el alma humana ambas cualidades van unidas y que es útil tratar de conocerlas en su globalidad.

Más allá de ciertas dificultades de relación fue innegable que mi padre tuvo un poderoso afán de trabajo, un ahelo de superación en lo que realizaba y que lo mantuvo activo toda su vida laboral.

Su impronta marcó un derrotero en todos los que vivieron a su lado, familia, colegas, amigos. Supo crear y mantener un sólido ambiente familiar y profesional, promoviendo estímulos permanentes al trabajo, al estudio científico, a la actividad profesional y laboral que contagió e impulsó a todos sus allegados.

Hemos titulado este último capítulo de “epílogo”, que es la conclusión de una obra escrita, una recapitulación, un final: es el ciclo de la vida que se cumple inexorablemente.

Dice Arciniegas que: *“el epílogo es el prólogo de la vida”*... La vida precede y continúa a la muerte en esa rueda del tiempo que gira sin detenerse. Tuvo entre tantos

deseos, muchos logrados en la vida, 3 hijos profesionales universitarios, una maestra, 2 nietas veterinarias, 1 médica y 3 maestras. Esperamos que esta carga genética continúe manteniendo el ritmo en sus 29 biznietos actuales y un tataranieto.

Años después de su muerte, la Junta Departamental de Montevideo por intermedio del Edil Dr. Hugo Coitinho hizo una propuesta para denominar con el nombre de Dr. Antonio De Boni una calle o camino del departamento de Montevideo. Hizo un relato exhaustivo de los méritos, títulos y trabajos con el objeto de que la Comisión de Nomenclatura estudiara la posibilidad de concretar su petitorio.

Fue así que el 8 de mayo de 2001 la Junta Departamental por resolución N° 7005 del 2 de abril de 1998 dispuso declarar que: es voluntad del cuerpo la inclusión en el nomenclator montevideano la resolución 1431/01 en cuyo artículo N° 1 manifiesta: *“Desígnase con el nombre de Dr. Antonio De Boni el Camino vecinal, primer paralelo al norte del Camino Miguel C. Rubino, que saliendo de las inmediaciones del arroyo de las Canteras se proyecta al este hasta el Camino Gigantes, en la zona de Carrasco Norte.*

Me es difícil al terminar hacer un balance final. No cabe duda que mi padre fue un hombre de actividades múltiples, con un fuerte aliento para mantener siempre despierto el amor al trabajo, al esfuerzo, a la dedicación sin pausas. Seguramente quedarán aspectos difíciles de descifrar de su personalidad, pero no es el objetivo principal hacer un minucioso análisis de la totalidad de una vida, por otra parte imposible de realizar.

En nombre mío y de los míos vaya un postrer recuerdo a quien con afectividad, respeto y dedicación hizo seguramente lo que pudo por ser guía de un derrotero que ahora, en el ocaso de la vida, lo veo más claro, lo entiendo mejor y lo recuerdo con indulgencia, en este complejo y maravilloso episodio del vivir.

Índice Onomástico

	Pág.		Pág.
ACEVEDO, Eduardo	11-49	DE BONI BADO, Juan Antonio	17
ANDRÉ, Alberto	35	DE BONI VADONE, Antonio	6
BACIGALUPI, Edmundo	11	DE BONI VAN CLEEF, Andrea	17-40-44
BACKHAUS, Alejandro	22	DE HERRERA, Luis Alberto	60
BADO GHISSO, Juan	17	DE L'HARPE, Jacobo	40
BADO POLERO, Blanca Carmen	17-61	de SALTERAIN, Gonzalo	24
BALDASSINI, Ricardo	10-11	DÉVÉ, Félix	45
BAÑALES, Eugenio	11	de SOUZA PEREIRA, Carlos Gustavo	1
BARBATO, Germán	21	DUPRAT, Bertrand	9
BAREA GONZÁLEZ, Aurora	51	ECHEGOYEN, Martín R.	62
BARRÁN, José Pedro	17	ESCALADA, F.	12
BARRETO, Sebastián, R. P.	35-38	ESPINET, Roger R.	51
BATLLE y ORDÓÑEZ, José	60	FABINI, E.	62
BATLLE PACHECO, César	43	FACCELLI, R. P.	58
BAUZÁ, Ernesto	11	FACELLI VILLAR, Eduardo	40
BAZZANO, R.	46	FALLACI, Oriana	4
BERETERVIDE, José	11-47	FERREIRA ALDUNATE, Wilson	43
BERGARA de BREGANTE, María E.	35	FIANDRA, Orestes	62
BERGES, Pedro	10	FINZI, Guido	50
BERMÚDEZ, Juan José	1	FLORES, Venancio	62
BERNINZONI, Trajano	52	GARCÍA, Atilio	57
BIANCHI FRIZERA, Ángel	8	GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel	56
BISAIRES, Tomás	9-11	GARCÍA MOYANO, Guillermo	6-13
BISAIRES GONZÁLEZ, Teodoro	9-49	GELMAN, Juan	20
BLASI, Diego	10-11	GIACOMETTI VELLIA, Adelaida	1
BORDABERRY, Juan María	62	HARRIS, Paul	58
BRESCIA, Raúl	27	HEGUITO, Héctor R.	8-12
BRUM, Baltasar	57	IBARBOUROU, Juana	43
CAGNOLI, LANSOT, Marx	1-32-59	INCHAURREGUY, A.	11
CALDEVILLA, Gabriel	30	JAUNSOLO DE BONI, Carolina E.	40
CARCAVALLO, Cayetano	23	JAUNSOLO SOTO, Gonzalo	40-59
CARBALLO POU, Mariano	48	LACALLE, Luis Alberto	43
CARIÑANA y ROYO, Pablo	10-49	LAMAS, Alfonso	6
CARRERE SAPRIZA, Justino	62	LARES, Wenceslao (hijo)	10
CASSAMAGNAGHI, Francisco	40	LARRAURI	11
CASTRO, Héctor	43	LEVA MARTÍNEZ, Aldo	11
CAZET, Amanda	48	LLONET, Eduardo	40
CIOCCA, Aníbal	57	LOCKART, Guillermo	35
COITINHO, Hugo	64	MAETERLINCK, Mauricio	56
CONTE GRAND, Benito, R. P.	58	MAGALLANES PASTORINO, Nelson	49
CROTTI MACCHI, Irma Renée	1	MAÑÉ GARZÓN, Fernando	1-15-45
DEAGUSTINI, Rodolfo	56	MATTOS, Manuel M.	11
de AMÉZAGA, Juan José	13-43	MESSNER, Emilio	10-40
DE BONI BADO, Blanca Esther	1-17-40-63	MILLINGTON DRAKE, Eugenio	42-43
DE BONI BADO, Carlos Aníbal	1-17-40-41- 57-63	MINUT, Juan	40
DE BONI BADO, Elena Sofía	17	MONDINO, Luis	6
DE BONI BADO, Emilia Carolina	17	MORDECKI PUPKO, Ernesto	1-4

	Pág.		Pág.
MORELL, J.	10	PUPPO	11
MUÑOZ DANA, Francisco	19-49	RIET, Ernesto	26
MUÑOZ y DANA, Miguel	9	RIVAS, Heraclio	10
MUÑOZ, Miguel	9	RODRÍGUEZ BARRIOS, Raúl	43
MUÑOZ ROMARATE, José M.	9	ROETTI CÁNEPA, Emilia	6
MUÑOZ XIMÉNEZ, Rafael	11	ROMANO, S.	58
MURTHAL, Juan N.	7	ROSELL y RIUS, Alejo	14-19
NARANCIO, Atilio	49	ROSA, Guido	12
NAVARRO, Alfredo	11-12	ROSENGURTT, Bernardo	23-29
NEGROTTO, A.	11	RUBINO, Miguel C.	11-64
NEWTON	51	RUY LÓPEZ, T.	10
NICOLA REYES, Francisco	56	SALMON, Daniel Elmer	11-12
NOGUÉS, A.	56	SÁNCHEZ ROGÉ, Horacio	32-40
OLIVERA PÉREZ, Adriana	1	SARRASANI, Hane Stoch	42
OVALLE, Victoriano	10	SCIANDRO, Nicolás	11
PACCELLI, Eugenio	38	SECCO ELLAURI, Oscar	43
PAGANI, Sixto, R. P.	58	SOCA, Susana	43
PALUMBO, H.	10	SOLÉ, Carlos	41
PASÓ MARTÍNEZ, Álvaro F.	1	STAJANO, Carlos	54
PAYSSÉ REYES, Héctor	62	STIRLING, Julio	35
PEREIRA de ROSSEL, Dolores	19	SUÁREZ DELLADO, Aída J. E.	1
PERUZZO, Pedro R., R. P.	58	TERRA, Duvimioso	12
PIAGGIO BLANCO, Raúl A.	56	TORRES	46
POLERO BRUSCO, Carolina	17	TORRES DE LA LLOSA, Carlos A.	47
POLERO, José Z.	12	VALLÉE, H.	49
POLERO YACUZA, Luis	14	VALLERY RADOT, Pasteur	48
POUEY, Enrique	43	WILLIMAN, Claudio	11
		WOLFFHÜGEL, Kurt	10-15-45-49

Bibliografía

- ANTÚNEZ, Pablo, 1998. "La experiencia de los elefantes trasladada a los toros Hereford". *El País*, Sección Rurales, 8 de noviembre, 1998, pág. 6.
- ARCINIEGAS, Miguel Ángel, 1945. *Biografía del Caribe*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.
- ASOCIACION DE ESTUDIANTES DE VETERINARIA, 1912. *Estatutos*.
- BARRÁN, José Pedro, 1990. *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, Tomo II (1860-1920). "El Disciplinamiento". Editorial Banda Oriental.
- BIANCHI FRIZERA, Ángel, 1934. "Escuela de Veterinaria de Montevideo, bosquejo histórico". *Anales de la Facultad de Veterinaria*.
- BOLETÍN INFORMATIVO, 1937 a 1946. *Sociedad de Medicina Veterinaria del Uruguay*. Montevideo.
- CÁMARA DE SENADORES, 1964. *Publicación Informativa N° 170*, 2 de setiembre 1964, numerales 9, 10, 11, 14, 26 y 27. Montevideo.
- COMITÉ EJECUTIVO DE HOMENAJE A ATILIO GARCÍA, 1944. *Boletín del Acta N° 1*, Diciembre 1944. Montevideo.
- DE BONI, Antonio, 1941. "Interesante caso de ingestión de cuerpos extraños. Frazada de lana ingerida por boa pitón". Servicio Veterinario del Jardín Zoológico Municipal de Montevideo. *Revista de Medicina Veterinaria*, Tomo III, año XVIII, N° 39, abril 30, 1941. Montevideo.
- DE BONI, Antonio, 1920. "Observaciones sobre los animales durante el eclipse solar de 1918". *Revista Agros*, órgano oficial de la Asociación de Estudiantes de Agronomía. Marzo-junio 1920, N°s. 34-37, pág. 301-305. Memoria del Instituto Meteorológico Nacional, 1920. Montevideo.
- DE BONI y CIA, 1934-1935. Copiador Veterinaria De Boni, 184 págs.
- DE L'HARPE, Jacobo, 1934. *Compendio de Agricultura y Ganadería*. Biblioteca De Boni, N° 5. Editor De Boni y Cia. Montevideo.
- de MIGUEL, María Esther, 1998. *Mujeres Argentinas*. Alfaguara. Buenos Aires.
- DÉVÉ, F. Dr. de Rouen, 1912. *Titres et travaux scientifiques*. Imp. J. Girieud. Rouen. Juin 1912. Francia.
- FACELLI VILLAR, Eduardo Ing. Agr. R. P., 1930. *Genética, Animalcultura, Bromatología*. Biblioteca De Boni y Cia. Urta y Curbelo Impresores. Montevideo.
- FALLACI, Oriana, 2002. *La rabia y el orgullo*. Editorial El Ateneo.
- FOURQUET, Arturo, 1924. *Historia del Club Nacional de Fútbol, 1899-1924*. Impresora Iglesias Hnos. Montevideo.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel, 2002. "Vivir para contarla". Editorial Sudamericana. Buenos Aires.

- GARCÍA MOYANO, Guillermo, 1969. *Pueblo de los Pocitos*. Ediciones de la Banda Oriental. Montevideo.
- LERENA ACEVEDO de BLIXEN, Josefina, 1967. *Novecientos*. 3ra. Edición. Ediciones del Río de la Plata.
- LLONET, Eduardo, 1930. *La industria avícola en el Uruguay*. Biblioteca De Boni y Cia. Castro y Pizarro Impresores. Montevideo.
- MAGALLANES PASTORINO, Nelson, 1996. *Pedro Bergés, un veterinario singular*. Interifa.
- MAÑÉ GARZÓN, Fernando, 1992. *Enrique M. Estrázulas, nuestro primer pediatra*. Editorial Salamandra Montevideo.
- MAÑÉ GARZÓN, Fernando, 1990. "Kurt Wolffhügel (1869-1951), el primer parasitólogo en el Uruguay" *Sesiones de la Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina*, Volumen VI, pp. 27-102. Montevideo.
- MARTÍNEZ RUBIO, Eduardo, 1942. "*Miel para el Uruguay*". Biblioteca De Boni – Editor De Boni y Cia. Montevideo.
- MESSNER, Emilio, 1930. *El examen biológico de la leche*. Editor De Boni y Cia. Montevideo.
- MINUT, Juan, 1934. *La quesería racionalizada*. Biblioteca De Boni. Editores De Boni y Cia. Montevideo.
- MINUIT, Juan, 1937. "*Nuestros tambos*". Biblioteca De Boni. Editores De Boni y Cia.
- NEGRO, Ramón Carlos, 1983. "*Pocitos era así*". Arca Editorial.
- RAVERA, Juan Jorge, 1995. *Pocitos de Pereira p'abajo*. Libros del Astillero.
- SÁNCHEZ ROGÉ, Horacio, 1941. *La Huerta*. Editores De Boni y Cia.
- SAUREL, Etienne, 1975. *El Caballo*. Editorial Noguer. Barcelona.
- VÁZQUEZ VARINI, Felipe, 1994. *Las ciencias de aquí*. 1ª edición. Montevideo.